

AMALIA.

JOSÉ MARRAS.

SEGUNDA EDICION.

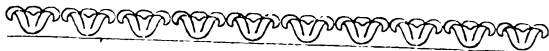


BUENOS AIRES.

INPRENTA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1888.

AMALIA.



CAPITULO VIII.

El amanecer.



L alba del 5 de Mayo habia despedido al fin aquella triste noche testigo de la ejecucion de un crimen horrible y de la combinacion de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para

anunciar la venida del poderoso rey de la naturaleza, no podía secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese río, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero arjentaba con él las torres y los chapiteles de esa ciudad á quien los poetas han llamado: "La Emperatriz del Plata; la Atenas, ó la Roma del Nuevo Mundo."

Dormida sobre esa pláncie inmensa en que reposa, Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecía que quisiera resistir las horas del movimiento y la vigilia que le anunciaba el día, y conservar su noche y su molición por largo tiempo aun. En sus calles espaciosas y rectas, se escondía aun, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claro-oscuro de los crepúsculos, que ponen en trepidación á los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba á la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no había logrado

levantar aun del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la naturaleza hubiese debido contribuir en ese año á la terrible situacion que comenzaba para el pueblo, habia empezado sus copiosas lluvias desde los primeros dias de Abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estacion las arenosas praderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al Oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran rio el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro á medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el Occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

Oh! por qué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenia suspendido del Cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se habia apartado! Si la maldicion terrible habia descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿por qué, enton-

ces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crimen no profanasen esa luz de Mayo, cuyo rayo habia templado, treinta años antes, el corazon y la espada de los regeneradores de un mundo. . . .? Pero la naturaleza parece hacer alarde de su poder rebelde á las insinuaciones humanas, cuanto mas la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano réjia abria una ventana de palacio y hacia, en Paris, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente dia un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último jemido habia demandado de Dios la venganza de tan horrible crimen. Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban á rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de *vísperas* llamaba al templo de Dios la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una jóven dió la señal tremenda que debia fijar en un rio de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la naturaleza, la humanidad tambien debia aparecer indiferente á las desgracias que se acu-

mulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente, que, como fué solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debia sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una estraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad é imprimir el movimiento rejenerador en diez naciones, parece destinado á ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crimen; pues qué hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía orijinal é imponente, que los cleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendia, sin embargo, cual era su situacion actual, y presajiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre á hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y mas terrible aun que aquellos que lo habian postrado, estaba próximo á ser descargado sobre su cabeza por la mano inapiadable de la tiranía; y para contenerla él, el pueblo de Buenos Aires, no

tenia, ni los medios, ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El *terror*,—esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la mas terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, segun la espresion de Victor Hugo, empezaba á introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oracion que cada uno elevaba á Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenía de que los últimos parasismos de la dictadura serian mortales para cuantos vivían al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidéz y prepotencia del rayo, para no dar lugar á la ejecucion de las terribles venganzas que temían. Y cuando para conseguir esto se ofrecian á sus ojos los obstáculos de tiem-

po, de distancia y de cosas, aquellos, los mas con-
cienzudos enemigos del dictador, temblaban en se-
creto de la hora en que se aprocsimase el triunfo.
Tal era el primer síntoma con que se anunciaba
el terror sobre el espíritu!

Asi era la situacion moral del pueblo de Buenos
Aires en los momentos en que comenzamos nues-
tra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba so-
bre el Cielo, segun el principio de este capítulo, y
en que el silencio de la ciudad era apenas inter-
rumpido por el rodar monotónico de algunos carros
que se dirijian al mercado, un hombre alto, flaco,
no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisono-
mía unos cincuenta, ó cincuenta y cinco años de
edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmán-
dose majistralmente en su baston; marchando con
tal medida y gravedad, que no parecia sino que
habia salido de su casa á esas horas para respirar
el aire puro de la mañana, ó para mostrar al rey
del dia, antes que ninguno otro porteño, el inmen-
so chaleco colorado con que se cubria hasta el vien-
tre, y las divisas federales que brillaban en su pe-
cho y en su sombrero. Este hombre, sin embar-

go, fuera por casualidad ó intencionalmente, tenía la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos ó tres veces en cada cuadra, rodando siempre hácia tras de su persona, cuyo incidente le obligaba á retroceder un par de pasos para cojerla, y, como era natural, á echar una mirada sobre las cuadras que habia andado, es decir, en direccion al campo ; porque este individuo venía del lado del Oeste, enfilando la calle de la Victoria, con direccion á la plaza.

Al cabo de veinte ó veinte y cinco caidas del baston, se paró delante de una puerta que ya nuestros lectores conocen : era aquella por donde Daniel y su criado habian entrado algunas horas antes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó á levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo mas rigoroso del estío. Pero por casualidad, por distraccion, ó no sabemos por qué, sumerjió sus miradas á derecha é izquierda de la calle, y despues de convencerse que no habia alma viviente en una lonjitud de diez ó doce cuadras á lo menos, se

acercó á la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos por qué, hacer uso de un leon de bronce que servia de estrepitoso llamador.





CAPITULO IX.

El Anjel y el Diablo.



O será largo el tiempo que s os tengamos la curiosidad del lector, sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entre tanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo á nuestro buen viejo Saturno, el permiso de no se-

guirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto, desde el alba hasta las doce del día, de uno de esos días del mes de Mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos á seguir un coche amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del jeneral Mancilla, marcan á gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle de Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirle, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan mas improvisamente que la Primavera, cuando el pasaje fujitivo de ese coche dá tiempo, sin embargo, á mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que mas bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer á quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia

que su mano, y la mirada de los pasantes no puede llegar hasta su rostro.....

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fué á parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecia sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entonces una jóven bajó del coche, ó mas bien salvó los dos escalones del estribo, poniendo lijamente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dió ocasion por un momento á que asomase, de entre las anchas aldas del vestido, un pequeñito pié, preso en un botin color violeta. Y era esta jóven de diez y siete á diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan eterea comparacion. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecia haber robado la lozanía y colorido de la mas fresca rosa. Frente espaciosa é intelijente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y mas oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa lijerísima curva, apenas perceptible, que

es el mejor distintivo de la imaginacion y del injenio; y por último, una boca pequeña, y rosada como el carmin, cuyo lábio inferior la hacía parecer á las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al lábio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada facion revelaba delicadezas de alma, de organizacion y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregad á esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecía colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendreis una idea medianamente aprosimada de la jóven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Habia algo de aereo, de vaporoso en esta criatura, que esparcia en torno suyo un perfume que solo era perceptible al alma—al alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas lijerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la naturaleza, mas parecia la idealizacion de un poeta, que un ser viviente en

este prosaico mundo en que vivimos. La jóven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir á toda la fuerza de su espíritu, y á su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porcion de hombres vestidos de colorado de los pies á la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, mas ó menos tarde, destinados á la horca, que cuajaba el zaguan y parte del patio de la casa de Doña María Josefa Ezcurrea, cuñada de D. Juan Manuel Rosas, donde la bella jóven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando lijeraente los cristales, entró á ella esperando hallar alguien á quien preguntar por la dueña de casa. Pero la jóven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus pies enlodados la estera de esparto blanca con pintas negras que cubria el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podia distinguirse donde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos á esa recién venida en quien no veían de los distintivos de la federacion, de que ellos estaban cubiertos con exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

—¿La Señora Doña María Josefa está en casa?— preguntó la jóven, sin dirigirse directamente á ninguna de las personas que se acaba de describir.

—Está, pero está ocupada;—respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La jóven vaciló un instante; pero tomando luego una resolucion para salir de la situacion embarazosa en que se hallaba, llegóse á una de las ventanas que daban á la calle, abrióla, y llamando á su lacayo, dióle órden de entrar á la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la jóven:

—Llama á la puerta que dá al segundo patio de esta casa, y dí que pregunten á la Señora Doña María Josefa si puede recibir la visita de la Señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta órden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situacion en que están colocadas, cuando saben sostenerse á la altura de su condicion, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficcion repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase á que pertenecian, que la sociedad habia roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florescia,—en quien ya habrán conocido nuestros lectores, al ángel travieso que jugaba con el corazon de Daniel,—esperó un momento.

No tardó en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que la dijo, tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció á las cinco damas de la federacion allí sentadas, que la Señora no podia oirlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir á esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo menos de echar una mirada de enojo, sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que perdióse

en el aire, porque, desde su entrada á la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hácia aquellas tan estrañas visitas de la hermana política del Gobernador de Buenos Aires, ó mas bien, á aquellas nubes preñadas de aire mal sano que hacian parte del cielo rojo-oscuro de la federacion.

La criada salió; pero el soldado, que no habia recibido órden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando menos en el umbral de la puerta del salon, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí habia, y oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista, del rato desagradable y violento porque acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habitacion contigua á la sala, en despachar dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, mientras ponía una sobre otras veinte y tantas solicitudes que habian entrado ese dia, acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacian no

pequeña parte los patos y las gallinas del zaguan, para que por su mano fuesen presentadas á su Excelencia el Restaurador, aun cuando su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba, decíamos, porque la Señorita Florencia Dupasquier, que se le habia anunciado, pertenecia por su madre á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretesto de la ausencia de Mr. Dupasquier, su Señora y su hija aparecian muy rara vez en la sociedad.

El lector querria saber, qué clase de negocios tenia Doña María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba invadida su casa. Mas adelante lo sabremos. Baste decir, por ahora, que en la hermana política de D. Juan Manuel Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del jénio enemigo de la humanidad, arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, segun la fantasía de Hoffman. Los años 33 y 35, no pueden ser esplicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de D. Juan Manuel

Rosas, que sin ser malo su corazón, tenía, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y 39, 40 y 42, no se entenderían bien si faltase en la escena histórica, la acción de Doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas, son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, además, las acciones que hacen relación con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La naturaleza no predispuso la organización de la hermana política de Rosas, para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones políticas debían ser el alimento diario del alma de esa Señora. Circunstancias especiales de su vida habían contribuido á desenvolver esos jérmenes de su naturaleza. Y la posición de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad arjentina, le abrían un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organización lo requería. Sin vistas y sin talento, jamás un ser oscuro en la vida del espíritu, ha prestado servicios mas importantes á un

tirano, que los que á Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para Rosas, estaban en relacion con el mal que podia inferir á sus semejantes; y su cuñada, con un teson, una perseverancia y una actividad inauditas le facilitaba las ocasiones en qué saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta Señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasion sincera, por verdadero fanatismo por la federación y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio á los unitarios, era la personificacion mas perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que habia creado la dictadura de aquel. Epoca que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella, todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad jóven, cuando á esa relajacion es impelida por una mano poderosa que se empeña en ello; encontrando por resistencia apenas la moral y la virtud privada que se dejan arrastrar indefensas y facilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociacion de ellas mismas. La asociacion de las ideas, de las virtu-

des, de los hombres, en fin, no ecsistia en ese pueblo que creía con el candor del niño, que bastaba para ser libre, grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Desasociados los hombres; aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crimen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ese únicamente, y que explotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un orden de cosas civilizado, que empezaba á oprimir en ella la expansion de sus hábitos salvajes.

La puerta contigua á la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia, fué estrechada entre la mano descuidada de Doña María Josefa: mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida, estaban notablemente aumentados en su rostro por la accion de las pasiones ardientes.

—Qué milagro es este! ¿por qué no ha venido tambien Doña Matilde?—preguntó sentándose en el sofá á la derecha de Florencia.

—Mamá se halla un poco indispuesta, pero no pudiendo saludar á V. personalmente, me manda ofrecerla sus respetos.

—Si yo no conociera á Doña Matilde y su familia, creería que se habia vuelto unitaria; porque ahora se conocen á las unitarias por el encerramiento en que viven? ¿Y sabe usted por qué se encierran esas locas?

—Yo? no Señora. ¿Como quiere usted que yo lo sepa?

—Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, ó porque no se las péguen con brea, lo que es una zonzería, porque yo se las remacharía con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y . . . pero tambien usted, Florencia, no la trae como es debido.

—Pero al fin la traigo, Señora.

—La traigo! la traigo! pero eso es como no traer nada. Así la traen tambien las unitarias; y aunque usted es la hija de un frances, no por eso es

inmunda y asquerosa como son todos ellos. Usted la trae, pero

—Y eso es cuanto debo hacer, Señora,—dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversacion para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

—La traigo,—continuó,—y traigo tambien esta pequeña donacion que, por la respetable mano de usted, hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, segun se dice.—Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde habia doblados cuatro billetes de banco que puso en la mano de Doña María Josefa, y que no era otra cosa, que ahorros de la mensualidad para limosnas y alfileres que desde el dia de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo, con esa satisfaccion de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Moliere :

—Esto es ser federal! Dígale usted á su mamá

que le he de avisar á Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra ; y mañana mismo mandaré el dinero al Señor D. Juan Carlos Rosado, Ecónomo del Hospital de mujeres,—y apretaba con su mano los billetes, como si temiera se convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

—Mamá quedaría bien recompensada, con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia.—Sabe usted que el Señor Gobernador no tiene tiempo para dar su atencion á todas partes. La guerra le absorve todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, dificilmente podria atender á tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas accion sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar á la Señora, con esta segunda ofrenda que la hacía.

—Y bien que le ayudamos al pobre!—contestó arrellanándose en el sofá.

—Yo no sé como Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, segun se dice, y esto acabará por enfermarla,—dijo Florencia con un tono mas condolido del mundo.

—Porsupuesto que acabará por enfermarla. Anoche por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

—Hasta las cuatro?

—Y dadas ya.

—Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

—Bah! como se conoce que no está usted en la política. Ahora mas que nunca.

—Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que solo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan lejos el Entre-Rios, donde es el teatro de la guerra, los unitarios de aquí no molestarían mucho al gobierno.

—Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

—Oh! eso no se les podrá impedir! La costa es inmensa!

—Que no se les puede impedir?

—Me parece que no.

—Bah! Bah! Bah! y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habian quedado en su encía in-

ferior. Sabe usted á cuantos se agarraron anoche?—preguntó.

—No lo sé, Señora,—contestó Florencia, ostentando la mas completa indiferencia.

--A cuatro, hija mia.

—¿ A cuatro ?

—Justamente.

—Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos á estas horas.

—Oh! de que no se irán yo le respondo á usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

—Algo mejor!—esclamó Florencia como admirada, disimulando que sabia ya la suerte de aquellos infelices; pues que acababa de éstar con la Señora de Mancilla, y saber ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que habia tenido la dicha de libertarse de la muerte.

—Mejor; por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han.....los han fusilado.

—Ah! los han fusilado!

—Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con' una pequeña desgracia.

—Oh! pero usted dice que es pequeña, Señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer á las personas como usted.

—A veces.—Uno logró escaparse.

—Entonces no tendrán mucho que molestarle para encontrarle, porque la policía es muy activa segun creo.

—No mucho.

—Dicen que en ese ramo el Señor Victorica es un jénio, insistió la traviesa diplomática, que queria picar el amor propio de Doña María Josefa.

—Victorica! no diga usted disparates—yo, yo y nadie mas que yo lo hace todo.

•—Así lo he creido siempre, y en el caso actual casi estoy segura que será usted mas útil que el Señor Gefe de Policía.

—Puede usted jurarlo.

—Aunque por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso. . . .

—Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces como me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé mas so-

bre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

—Es posible!

—Lo que usted oye.

—Pero eso es increíble en dos horas una Señora!

—Lo que usted oye—repitió Doña María Josefa cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar á Victorica y procurar que la admirasen los que la oían.

—Lo creeré por que usted lo dice, Señora—continuó Florencia que iba entrando á carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

—Oh! créamelo usted como si lo viera.

—Pero habrá puesto usted cien hombres en persecusion del prófugo.

—Nada de eso. Qué! Mandé llamar á Merlo que fué quien los delató, vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entonces mandé llamar á varios de los soldados que se hallarón anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y . . . ; verá usted que

dato! Camilo!—gritó y el soldado entró á la sala y se acercó á ella con el sombrero en la mano.

—Dígame usted, Camilo—continuó aquella,— qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

—Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé donde está—contestó con una espresion de alegría salvaje en su fisonomía.

—Y dónde?—preguntóle la vieja.

—En el muslo izquierdo.

—Con qué fué herido?

—Con sable, es un hachazo.

—Está usted cierto de lo que dice?

—Y que no estaba cierto! Yo fuí quien le pegué el hachazo, Señora.

Florencia se echó atrás, hácia el ángulo del sofá.

—Y lo conoceria usted si lo viera?—continuó Doña María Josefa.

—No, Señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

—Bien, retírese usted, Camilo.

—Ya lo ha oido usted—prosiguió la hermana política de Rosas dirijiéndose á la Señorita Dupas-

quier que no habia perdido una sola palabra de la declaracion del bandido—ya lo ha oido usted! herido en un muslo! ¡Oh es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece á usted?

—A mí! Yo no alcanzo, Señora, de qué importancia pueda serle á usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

—No lo alcanza usted?

—Ciertamente que nó; pues supongo que el herido, á estas horas estará curándose en su casa ó en alguna otra, y no se vén las heridas al través de las casas.

—Pobre criatura!—esclamó Doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia,—pobre criatura! esa herida me dá tres medios de averiguacion.

—Tres medios!

—Justamente. Oigalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan á un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas; y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Que le parece á usted?

—Si usted los halla buenos, Señora, así serán; pero en mi opinion no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

—Oh! pero tengo otro de reserva para cuando con esos no logre nada.

—Otro medio mas?

—Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lunes ya tendré cuando menos una pluma del pájaro.

—Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, Señora,—respondióle Florencia con una sonrisa llena de picantería y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento á aquella máquina de cuchillos que tenia á su lado.

—Qué nó! Ya verá usted el lunes.

—Y por qué el lunes y no otro dia cualquiera?

—Por qué? ¿usted cree Señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

—Sí, Señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamás la sangre de ningun hombre.

—Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

—No son hombres?

—No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaría pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organizacion de la jóven, pero se dominó.

—Conviene usted, pues, en que sus heridas vier-
ten sangre?—continuó Doña Maria Josefa.

—Sí, Señora, convengo.

—Entonces, convendrá usted tambien en que la
sangre mancha las ropas con que se está vestido?

—Sí, Señora, tambien convengo en ello.

—Que mancha las vendas que se aplican á las
heridas?

—Tambien.

—Las sábanas de la cama?

—Así debe ser.

—Las toallas en que se secan las manos los asis-
tentes del enfermo?

—Tambien puede ser.

—Cree usted todo esto?

—Sí, Señora, lo creo, pero todas esas cosas me
intrigan, y lo que mas puedo asegurar á usted es,
que no entiendo una palabra de lo que quiere us-
ted decirme.—Y en efecto, Florencia, con toda la

vivacidad de su imaginacion hacia vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito á que precedían aquellos preámbulos.

—Toma! Vamos á ver : ¿Qué dia reciben la ropa sucia las lavanderas?

—Jeneralmente el primer dia de la semana.

—A las ocho ó las nueve de la mañana, y á las diez van con ella al rio, ¿entiende usted ahora?

—Sí,—contestó Florencia asustada de la imaginacion endemoniada de aquella mujer, que le sujetaría recursos que no habrian pasado por la suya en todo el curso de su vida.

—La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes á este respecto.

—Ah! es un plan excelente,—dijo la jóven que ya hacía un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer cuyo aliento le parecía que estaba tan envenenado como su alma.

—Excelente! y sé que no se le habría ocurrido á Victorica en un año.

—Lo creo.

—Ni mucho menos á ninguno de esos unitarios

fátuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

—De eso no me cabe la mínima duda,—esclamó la Señorita Dupasquier con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que Doña María Josefa, habría comprendido la satisfaccion que animó á la jóven al hacer esa justicia á los unitarios: á esa clase distinguida á que ella pertenecía por su nacimiento y educacion.

—Oh! Florencita, no vaya usted á casarse con ningun unitario! Además de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el mas ruin federal se puede jugar con todos ellos. Y, á propósito de casamiento ¿cómo está el Señor D. Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algun tiempo á aquí?

—Está perfectamente bueno de salud, Señora.

—Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

—Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, Señora?—interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante, no habia dejado de picarse un poco.

—Para qué? Oh! usted lo sabe bien. Los enamorados adivinan las cosas.

—Pero qué quiere usted que yo adivine?

—Toma! no ama usted á Bello?

—Señora!

—No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

—Si usted lo sabe. . . .

—Si yo lo se, debo prevenir que hay moros en la costa; que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero á usted como á una hija.

—Engañarme! quién? Aseguro á usted, Señora que no la comprendo,—replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de Doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

—Pues es gracioso! ¿y á quién he de referirme sino al mismo Daniel?

—Oh! eso es imposible Señora; Daniel no me ha engañado jamás,—contestó con altivez Florencia.

—Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

—Datos?

—Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas mas de una vez? Vamos, la verdad; á mí no me engaña nadie.

—Alguna vez hablo de Barracas, pero no veo qué relacion tenga Barracas conmigo.

—Con usted, indirecta: con Daniel, directamente.

—Lo cree usted?

—Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo mas de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel?—dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

—Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocacion en todo esto,—contestó la jóven con finjido aplomo, pues que su corazon acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡qué mujer no está pronta siempre á creerse engañada y olvidada del ser á quien consagra su corazon y sus amores!

—No me equivoco, no, Señorita. ¿A quién vé esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su Quinta? á Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, jóven y buen mozo, al lado de su prima

jóven, linda y dueña de sus acciones? no han de ponerse á rezar segun me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le vé en ninguna parte? es porque Daniel vá todas las tardes á ver á su prima, y á la noche á ver á usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

—No es nada, Señora,—dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenía en su corazon.

—Bah!—esclamó Doña María Josefa, soltando una carcajada estridente,—Bah! Bah! Bah! Y eso que no le digo todo; lo que son las muchachas!

—Todo! esclamó Florencia.

—No, no quiero poner mal á nadie,—y seguia riéndose á carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazon de su víctima.

—Señora, yo me retiro,—dijo Florencia levantándose casi trémula.

—Pobrecita! Tírele bien las orejas; no se deje engañar,—y sin levantarse soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amorotadas de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

—Señora, yo me retiro,—repitió Florencia estendiendo la mano á quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y trasparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

—Bien, mi hijita, adios. Memorias á mamá y que se mejore para que nos veamos pronto. Adios, y abrir los ojos! eh!—y riéndose todavía acompañó á la Señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz jóven subió á su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimia su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba á punto de desmayarse. En Florencia habia una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste

consolacion del llanto, que indudablemente arrebatada en sus gotas una gran parte de la opresion física en que ponen al corazon las impresiones improvisas y dolorosas.

La refleccion, esa facultad que levanta al hombre á la altura de la Divinidad que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificacion á los males de que queremos libertarnos con ella, vino á llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella jóven.

—En efecto,—se decia Florencia,—Daniel monta á caballo con frecuencia; nunca he sabido donde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa á las nueve. Nunca me ha ofrecido la relacion de su prima. Por otra parte; esta mujer que lo sabe todo; que tiene á su servicio todos los medios que le sujiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa, y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas segun me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningun motivo para aborrecerme y engañarme ¡ Oh ! es cierto ! ¡ es cierto, Dios mio !—esclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su per-

filada frente cuyo color de rosa, huía y reaparecía en cada segundo. Y su cabeza se perdía en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazón, como se dice vulgarmente, era mas poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbía toda en las situaciones en que un pesar ó una felicidad profunda la conmovían.

Ajitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas á Amalia, en que tantas veces habia ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó á su casa á la una y media de la tarde, decidida á referir á su madre cuanto acababa de oír, porque Florencia no había tenido en la vida mas amor que el de Daniel, ni mas amistad que la de su madre. Felizmente la Señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salón, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, segun la hora que le habia anunciado en su carta de la mañana.





CAPITULO X.

Una agente de Daniel.



las nueve de la mañana Daniel se vestia tranquilamente ayudado por su fiel Fermin, que habia cumplido ya todas las comisiones de que habia sido encargado por su Señor.

—Florencia misma recibió las flores?—le preguntó mientras pasaba la escobilla por su cabello

castaño oscuro y por su patilla rala que se abría artificialmente en la barba, según las prescripciones federales de la época.

—Ella misma, Señor.

—Y la carta?

—Junto con las flores.

—Observaste si estaba contenta?

—Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le dí la carta. Me preguntó si había ocurrido alguna novedad.

—Pobrecita! Vamos á ver ¿cómo estaba vestida? cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

—Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el pátio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

—De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazón al suyo!—continúa—dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra á su cuello.

—No hacía nada más.

—Pero te he preguntado como estaba vestida.

—Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado á la cintura.

—¡Bellísima descripción! Eso se llama un baton

de mañana, Fermin. ¡Qué linda estaría! Y bien ¿qué más?

—Nada mas.

—Eres un tonto.

—Pero, Señor, si no tenia otro vestido.

—Sí, pero tenia zapatos ó botines, tenia algun pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa en fin que tú has debido ver para contármelo todo.

—¡Y cuándo iba á fijarme en todo eso, Señor!— respondió el criado de Daniel con esa calma y esa espresion burlona en la fisionomia, peculiares al gaucho; porque Fermin lo era por su primera educacion, aun cuando los hábitos de la Ciudad habían corregido mucho aquellos de su niñez.

—Peor para tí. Vamos á otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

—La mujer á quien fuí á llamar de parte de usted, y Don Cándido.

—Ah! mi maestro de palotes; el jénio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? Sabes algo de eso, Fermin?

—No, Señor. Me ha dicho que tiene precision de hablar á usted; que hoy á las seis, vino y halló la puerta cerrada; que volvió á las siete,

y desde esa hora está esperando á que usted se levante.

—Diablo ; mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habría querido que me levantase á las seis de la mañana! Hazlo entrar á mi escritorio, pero despues que se haya retirado doña Marcelina, y ésta puede entrar ya—dijo Daniel poniéndose una bata de tartan azul, que hacía resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrian dar envidia á una coqueta.

—La hago entrar aquí?—preguntó Fermin como dudando.

—Aquí, mi casto Señor Don Fermin. Me parece que no hablo en griego. Aquí, á mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que dá á la sala, y tambien la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento despues un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol, y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazon, anunció á Daniel que las enaguas de Doña Marcelina venian caminando á par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba á sus espaldas la caía réjiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecían en ellas; y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que habia eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades; declaracion que se empeñaban en disimular en vano dos gruesos rulos que caían hasta la barba, de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando á que no lo distinguirían entre el chocolate y el café aguado. Agregando á esto una estatura mas bien alta que baja, un cuerpo mas bien gordo que flaco, donde lo mas notable era un

pecho que parecía un vientre, ya se podrá tener una idea aprocsimada de Doña Marcelina, á quien Daniel saludó sin levantarse del sillón, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuando mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas á tratar con inferiores.

—La necesito á usted, Doña Marcelina—la dijo haciéndola señas de que ocupase una silla frente á él.

—Siempre estoy á las órdenes de usted, Señor D. Daniel—contestó la recién venida sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese á bailar el circunspecto y gentil minuet de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

—Ante todas cosas ¿cómo vá la salud y como están en casa?—preguntó Daniel que era hombre que jamás pisaba fuerte sin haber tanteado antes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la víspera.

—Aburrida, Señor; hoy se hace una vida en

Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

—Eso habrá adelantado usted para cuando pase á la vida eterna—respondióla Daniel mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

—Otros tienen mas pecados que yo y ganarán el cielo,—dijo doña Marcelina meneando la cabeza.

—Por ejemplo?

—Por ejemplo, los que usted sabe.

—Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

—Pues yo nó, y si viviera doscientos años no dejaria un dia de recordarlas.

—Mal hecho; perdonar á nuestros enemigos es un precepto de nuestra religion.

—Perdonarlos! Perdonarlos despues del bochorno que me hicieron sufrir, despues de haberme hecho perder mi reputacion, confundiéndome con las mujeres públicas? Jamás. Yo tengo un corazon de Capuleto.

—Bah!—esclamó Daniel conteniendo la risa al oír la comparacion de Doña Marcelina—usted ecsajera siempre cuando habla de esas cosas.

—Qué dice usted? escasajerar! pues no es nada! meterme en una carreta junta con las demás; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul; á mí que jamás habia recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fué por mi conducta; fué una venganza política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que habia en Buenos Aires; y por eso el tirano de Perdríel me puso en lista, cuando Tomás Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas; ese viejo tartufo y usurero que bien hacian en decirle:

El inmortal macuquino,
Gran sacerdote apostólico,
No gastará un real en vino
Aunque reviente de cólico.

—Hermosos versos, Doña Marcelina.

—Magníficos. Eran los que le componian el año 33. Ah! ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administracion de este gauchó asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá tambien de mi amor á la literatura, porque este salvaje proscribió á todos los que nos dedicábamos

á ella. Todos mis amigos fueron desterrados. Ah! época fausta de los Varelas y Gallardos! pasó, pasó á la nada, como dice. . . . Acuérdesse usted, Señor D. Daniel, acuérdesse usted!—y Doña Marcelina que empezaba á sudar despues de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó á los hombros el que le cubria el pecho.

—Fué una injusticia atroz—la respondió Daniel con una cara en cuya grave y majistral seriedad estaba pintada la mas franca espresion de la risa que estaba ajitando su espíritu.

—Atroz!

—Y de que solo las relaciones de usted pudieron salvarla.

—Así fué, ya se lo he referido á usted muchas veces; me salvó uno de mis mas respetables amigos que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo mas inhumano, como dice Rousseau,—esclamó con énfasis Doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

—Rousseau tuvo razon en escribir esa admirable novedad—dijo Daniel conteniendo la risa que

le hervía en el pecho al oír aquel nombre y aquella citación en los labios de Doña Marcelina.

—Pues eso fué lo que dijo. Oh! si supiese usted la memoria que tengo! sabia la Arjia y la Dido, verso por verso, al otro dia de representarse por la primera vez.

—Admirable memoria!

—Pues así és. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, ó el delirio de Creon, que tiene unas diez pájinas y que empieza así:

“Triste fatalidad! Dioses supremos.....”

—No, no, gracias—la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

—Muy bien, como usted quiera.

—Y ahora que lee usted, Señora Doña Marcelina?

—Ahora estoy leyendo el Hijo del Carnaval, para luego leer la Lucinda, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

—Excelentes libros! ¿Y quién le presta á usted esa escojida coleccion de obras?—preguntóla

Daniel reclinándose en un brazo del sillón y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

—A mí no me los prestan; es á mi sobrinita Andrea á quien se los lleva el Señor Cura Gaete.

—El Cura Gaete!—dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa á que dió salida libremente.

—Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instruccion, saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

—Perfectamente pensado, Doña Marcelina. Pero lo que no entiendo es como una persona con los principios políticos de usted, acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la mas brillante joya de la federacion.

—Qué! Si á él mismo le canto la cartilla todos los dias!

—Y la sufre á usted?

—La echa de tolerante. Se rie, me dá la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas á leerle los libros que lleva.

—Gertruditas! ¿Tambien tiene usted otra joven de ese nombre en su casa?

—Es una sobrina mia á quien he recojido hace un mes.¿

—Santa Bárbara! tiene usted mas sobrinas que nietos tuvo Adan por la línea de Seth, hijo de Cain y de Ada! ¿Ha leído usted la Biblia, Doña Marcelina?

—No.

—Pero habrá leído usted á Don Quijote?

—Tampoco.

—Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas á Su Excelencia el jeneral Oribe, declaraba que no podia haber una República bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

—El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

—Exactamente.

—Hago por ellas lo que puedo.

—Pero qué haría usted, si el reverendo Cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el dia que por primera vez entré en ella, bajo la recomendacion de Mr. Douglas.

—Oh! Dios mio, sería perdida! Pero el Cura

Gaete no será tan curioso como lo fué el Señor Don Daniel Bello.—dijo Doña Marcelina con cierto aire de reconvencion cariñosa.

—Tiene usted razon, y yo la tengo tambien. Fuí á su casa para entregarle una carta que debía llevar usted á donde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la direccion de la carta; á ese tiempo llamaron á la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaría un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajon y

—Usted no debió haber leído lo que allí había, picaruelo,—dijo interrumpiéndolo Doña Marcelina con un tono cada vez mas cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedía cada vez que se veían.

—Y como resistir á la curiosidad? ¡ Periódicos de Montevideo!

—Que me mandaba mi hijo como se lo he dicho á usted.

—Sí, pero la carta!

—Ah! sí, la carta! Por ella me habrian fusilado sin compasion estos bárbaros. Qué imprudencia

la mia! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mōzo, la conserva usted siempre?

—Oh! eso de decir usted que les había de cortar la trenza á todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, Doña Marcelina!

—Qué quiere usted! El entusiasmo! las ofensas recibidas! pero ¡qué! Yo soy incapaz de hacerlo! Y la carta la conserva usted, tunante?—preguntó de nuevo Doña Marcelina haciendo un notable esfuerzo para sonreirse.

—Ya le he dicho á usted que tomé esa carta para librarla de un peligro.

—Pero usted debió romperla.

—Y habria hecho una inaudita bestialidad.

—Pero para qué la conserva usted?

—Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados mas tarde.

—Para ese solo objeto la guarda usted?

—No me ha dado usted motivos hasta ahora de

mudar de idea—respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

—Ni los daré jamás!—esclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se habia comprimido en ellos durante la conversacion de la carta, que era su pesadilla diaria.

—Así lo creo. Y ahora vamos á lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted á Douglas?

—Hace tres dias que lo ví. Ante noche embarcó á cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

—Muy bien. Hoy tiene usted que volver á verlo.

—Hoy?

—Ahora mismo.

—Iré en el acto.

Daniel pasó á su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que habia escrito y guardado bajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y tomando una pluma volvió á su aposento.

—Ponga usted el sobre de esta carta.

—Yo?

—Sí, usted: á Mr. Douglas.

—Nada mas?

—Nada mas.

—Ya está—dijo la tia de todas las sobrinas despues de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

—Irà usted á lo de Mr. Douglas, le hablará á solas y le entregará esa carta de mi parte.

—Así lo haré.

—Guarde usted la carta en el seno.

—Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

—A otra cosa.

—Lo que usted ordene.

—Necesito estar solo en casa de usted, mañana ó pasado mañana á la tarde, por media hora solamente.

—Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas á pasear; pero ¿y las llaves?

—Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el dia y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea á la oracion, porque quiero evitar el que me vean.

—Oh! la calle de mi casa es un desierto!

Solo en verano, como está la casa á media cuadra del rio, suele pasar alguna jente á bañarse.

—Quiero tambien que deje usted abiertas las puertas interiores.

—Hay poco que robar.

—Algun dia habrá mas. No ecsijo de usted sino discrecion y silencio ; la menor imprudencia, sin costarme á mí un cabello, le costaria á usted la cabeza.

—Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, Señor Don Daniel ; pero aunque así no fuera yo me haria matar por el último de los unitarios.

—Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho á usted nunca lo que soy. ¿ Está usted informada de todo ?

—No hay dos que tengan la memoria que yo—respondió Doña Marcelina que se hallaba algo turbada por el tono tan sério con que Daniel acababa de hablarla.

—Bien : hágase usted cargo que la he enseñado un trozo de versos, y despedámonos.

Y Daniel entrando á su gabinete abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

—Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

—Vale usted un Perú!—esclamó la recitadora de la Arjia.—En sola una vez, y sin interés, es usted mas jeneroso—continuó—que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrudis.

—Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta mas ver.

—Hasta siempre, Señor Don Daniel—y haciendo un saludo que no dejaba de tener un cierto airesillo de buen tono, salió Doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.





CAPITULO XI.

Donde aparcece el hombre de la caña de la India.



PENAS Doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermín introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su Señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso majistral,

poniendo luego sombrero y baston en una silla, y dirijiéndose á Daniel con la mano estirada.

—Buenos dias, mi Daniel querido y estimado. Por ser el dia en que mas he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡á mí, á tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy á tu lado, y, con tu permiso, me siento.

—Sabe usted, Señor, que yo me levanto tarde jeneralmente.

—Siempre tuviste esa costumbre intrínseca, ese instinto innato; mas de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado á las horas improrogables de clase.

—Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme á escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido Señor D. Cándido.

—De lo que yo me lisonjeo mucho.

—Es posible! Mil gracias, Señor.

—En los treinta y dos años que he ejercido la noble, árdua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que solo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimos tiempo; y que todos los ni-

ños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamás una escritura regular, mediana siquiera.

—Gracias por la lisonja, pero declaro á usted que yo me avendría mucho con tener menos talento y mejor letra.

—Pero eso no obsta á que me tengas cariñoso y sincero afecto, no es verdad?

—Cierto que nó, Señor; respeto á usted como á todas las personas que dirijieron mi infancia.

—Y me prestarías un servicio el dia que tuviese necesidad de tí?

—En el acto, si estaba en mi mano. Hábleme usted con franqueza.

—Sí?

—Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo son casi jenerales. Nada mas comun que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos.—Hábleme usted con franqueza—le repitió Daniel cuya delicadeza había querido ahorrar á su maestro el digusto de amplificar la situacion pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traía á su casa.

—No, no es dinero metálico, ni en papel moeda lo que necesito; felizmente con mis ahor-

ros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de tí. Hay épocas terribles en la vida. Épocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro á inocentes y á culpables. Porque las revoluciones; son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen á pique de zozobrar, con todos los hombres que lleva adentro, buenos ó malos, judíos ó cristianos. Recuerdo un viaje que hice á las Vacas. ¡Que viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por mas que se diga de los Sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y

—Perdone usted, Señor, creo que usted se ha distraído de su asunto especial—le dijo Daniel, que conocía prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarían jamás sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

—A eso voy.

—Lo mejor de este mundo, Señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto á donde vamos. Al asunto, pues—insistió Daniel que á pesar de que solía divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los mas, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese dia no tenía su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

—Bien: voy á hablarte como á un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

—Con lo último, basta, Señor; adelante.

—Yo sé bien que tú estás á buenas anclas—prosiguió Don Cándido en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

—No entiendo.

—Quiero decir que tus relaciones encunbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu Señor padre.

—Por el amor de Dios, Señor: créame usted que no está en mi organizacion el resistir mucho

tiempo á ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

—A eso iba, jénio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas ó mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas á correr hasta tu casa. Decía pues, que tu posicion distinguida á que te han abierto camino dilatado, llano y florido, las amistades de tu padre honrado, jeneroso y patriota, como á la vez tu talento esquisito y tu gusto estremado por el trato franco y cordial de los hombres. . . .

—Muy bueno ¿y qué puedo hacer por usted?

—Oyeme.

—Oigo.

—Yo sé que á medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian es mejor. . . .

—Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

—A ello voy.

—Paciencia!—dijo Daniel entre sí mismo, domininándose como era su costumbre despues de algunos años.

—Tú tienes relaciones?

—Muchas, adelante.

—Y entre ellas la del Señor jefe de Policía Don Bernardo Victorica. No es verdad?

—Es cierto, y qué es lo que usted quiere?

—Oyeme, Daniel. Yo te he enseñado á escribir, yo te quise como á un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo

—Gracias, gracias, Señor.

—Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; á este desgraciado presente que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace ó está para hacer, la desgracia completa, irremisible y fatal de mi existencia.

—Conque ¿qué es lo que usted deseaba? preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar á su fisonomía la mas leve señal de la impaciencia que le agitaba.

—Deseaba pues, que me hicieras un grande y no menos importante servicio, Daniel.

—Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversacion Señor.

—Despacio, vamos por partes.

—Vamos como usted quiera, pero vamos.

—Tú tienes relaciones?

—Sí, Señor.

—Poderosas?

—Sí, Señor.

—Y con Victorica también?

—Sí, Señor.

—Entonces Daniel, hazme....

—Qué?

—Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo correjía con tantó gusto, hazme.... estamos solos?

—Perfectamente solos—le contestó Daniel algo sorprendido al ver que Don Cándido se ponía pálido á medida que hablaba.

—Entonces, Daniel querido y estimado hazme....

—Qué? por todos los santos del Cielo.

—Hazme poner en la cárcel, Daniel,—dijo Don Cándido pegando su boca á la oreja de su discípulo, que se dió vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si

descubría algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.

—Te sorprendes?—continuó Don Cándido—sin embargo, yo ecsijo de tí ese servicio eminente, como el mas valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.

—Y qué objeto se propone usted con estar en la cárcel?—interrogó Daniel que no podia formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.

—Qué objeto? vivir con seguridad, tranquilo, descansado mientras pasa la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.

—La tormenta?

—Sí, jóven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comunmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecian locos en Buenos Aires, yo fuí preso dos veces por equivocacion; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocacion tambien. Yo sé lo que hay, sé lo que vá á suceder, y quiero estar en la

cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

—Pero qué hay? Qué vá á suceder?—preguntó Daniel, empezando á traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de Don Cándido.

—Qué hay! ¿No lees la *Gaceta*? ¿No lees todos los dias esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de esterminio, de muerte?

—Pero eso es contra los unitarios, y segun creo usted no ha contraido compromisos políticos.

—Ningunos; pero esas amenazas aterrantes, fulmíneas é incendiarias, nó son contra los unitarios, sino contra todos; y ademas yo tiemblo de las equivocaciones.

—Aprensiones, Señor!

—Aprensiones! No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses á aquí han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y puríficas de los templos, con sus inmensos puñales á la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula?

—Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la federacion?

—Pero esos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento vá á llegar.

—Y por qué vá á llegar ese momento? Hable usted, Señor.

—Oh! ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy á las cuatro de la mañana.

—Señor, confieso á usted que sino me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa dilijencia que hacer á estas horas.

—Nó, no te irás. Oye.

—Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fué á la puerta del gabinete que daba á la sala, miró por la boca llave, y despues de convencerse que no habia nadie del otro lado de la puerta, volvió á Daniel y le dijo al oido con tono misterioso.

—La-Madrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dió un salto en la silla; un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbita-

mente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese joven, que se ejercía especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traicion con frecuencia, á las situaciones del espíritu.

—Usted delira, Señor—le respondió volviendo á sentarse tranquilamente.

—Cierto, Daniel, cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

—Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavia me reputa como á un niño y que se burla de mí.—Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda la fisonomía de aquel hombre que iba á ser observado hasta en lo mas secreto de su pensamiento.

—No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Oyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que despues que dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré á mi casa á vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé á mi servicio una mujer de edad, blau-

ca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica. . . .

—Pero Señor, qué tiene que ver esa mujer con el jeneral La-Madrid?

—Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que despues de diez años trabajaba de peon en Tucuman; hijo excelente, jamás deja de mandarle una parte de sus ahorros á su madre! Habiéndote dicho esto ¿lo has oido bien?

—Demasiado bien, Señor.

—Entonces vamos á lo que hace á mí. Mi casa tiene una puerta de calle. Ah! se me olvidaba decirte, que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque á mediados del año pasado ¿estás?

—Estoy.

—Mi casa pues, tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que dá á la calle. Despues de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fujitivo de mis ojos, y no es dormir sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurría á una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamás de la recóndita política de nuestro tiempo

adverso, desgraciado y calamitoso ; pero ya no concurre, ¡y desde la oracion me encierro en mi casa.

—Válgame Dios, Señor ! pero que tiene que ver la tertulia de malilla con

—A eso voy.

—A donde? ¿á la tertulia de malilla ?

—No, al acontecimiento.

—Al de La-Madrid.

—Sí.

—Gracias á Dios!

—A noche, á las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente, siento que un caballo pára á la puerta, y que el ruido de un laton decia claramente, que el hombre que se desmontaba era un oficial, ó un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror á la sangre, y, te lo confesaré todo, mi cuerpo se puso á temblar y un sudor frio me bañó de los pies á la cabeza, la cosa no era para menos ¿no es verdad?

—Prosiga usted, Señor.

—Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana ; despues una rendija de esta ; la noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta, en la ventana de Ni-

colasa mi sirvienta, el hombre de á caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en seguida, y despues de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fuí á mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y á quién te parece que reconocí?

—Dígalo usted, y lo sabré con mas propiedad.

—Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningun peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndola que tenia que volver en el acto á la casa del Gobernador, que venía de chasque de la provincia de Tucuman, y hacía un momento que habia entregado los pliegos.

—Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna,— le dijo Daniel á quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

—Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. La dijo, que

los pliegos eran de unos Señores muy ricos de Tucuman, en que le anunciarían al Gobernador, probablemente, lo que habia hecho el jeneral La-Madrid. Nicolasa curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas á este respecto, y el hijo, conjurándola á que guardase el mas profundo silencio, la refirió, que luego de llegar La-Madrid á Tucuman se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo habia recibido en fiesta, y que el gobierno lo habia nombrado, y hecho reconocer, jeneral en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia; como tambien por jefe del estado mayor al coronel D. Lorenzo Lugones, y jefe de Coraceros del Orden, al coronel D. Mariano Acha. Imagínate, hijo mio, la impresion que todo esto me causaria, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

—Sí, sí, prosiga usted,—dijo Daniel que estaba devorando palabra por palabra cuantas salian de la boca de D. Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteracion en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

—Qué he de proseguir, qué mas necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó á su madre, no fué sino sobre fiestas, sobre alegría, y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

—Pero pronunciaría algun otro nombre, alguna cosa especial

—Ninguna. Estuvo apenas diez minutos con su madre; y se fué despues de darla algun dinero y de besarla la mano, prometiéndola que hoy volvería, sino lo despachaban de madrugada; porque ese hijo ¡oh! te voy á contar toda la historia . . .

—Qué edad tiene ese hombre?

—Es jóven, veinte y dos ó veinte y tres años á lo mas; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

—A los veinte y dos años un hombre no es comunmente malo. Un hijo que atiende á su madre desde lejos, es un hombre de corazón. No tenia interes ninguno en engañar á su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina!—dijo Daniel para sí mismo, sin dar atencion á los últimos adjetivos de Don Cándido.

—Y bien—continuó—será muy cierto cuanto usted me dice del jeneral La-Madrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

—Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: apesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del Gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. No es verdad?

—Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando á usted la mas completa seguridad en mi secreto, pero no es esta una ocasion que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

—Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decia tambien, ó queria decirte que el suceso del jeneral La-Madrid va á irritar exuberantemente al Señor Gobernador; que su irritacion sanguínea va á comunicarse rápida y sútilmente á todos esos caballeros á quienes, ni tú, ni yo tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda que han sido mandados por el diablo. Quiero decir tambien, que todas las

amenazas de la *Gaceta* van á cumplirse; que van á herir y matar á diestra y siniestra; y que aunque tenga yo la conviccion profunda, relijiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocacion cuando menos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. Estás ahora?

—Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa mientras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

—Y qué sacamos con eso? Se entrarán á mi casa por entrarse á la del vecino, y por matar á Juan de los Palotes, matarán á Don Cándido Rodriguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

—Oh! pero eso sería una cosa horrible!

—Sí, Señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaria yo de sufrirla inocente y doloridamente.

—Pero qué hacer entonces?

—Evitarla, impedirle, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

—Y como?

—Escucha. Entrando en la cárcel, no por orden del Señor Gobernador, sino por alguna otra orden subalterna, el Gobernador que no me conoce y que no sabrá nada, por que no se me pondrá preso por causas políticas, no dará orden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcaide tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prision. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la Sociedad Popular, sobre todo contra toda equivocacion.

—Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional ¿cómo quiere usted, Señor Don Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel? ¿de qué pretesto valerme?

—Pero eso es lo mas fácil! Yo te lo diré: te vas á ver ahora mismo á Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que mientras entablas tu accion criminal, pides mi prision en el dia; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y héme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

—Pero Señor, no es costumbre entre nosotros, que los hombres de mi edad vayan á quejarse á las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situacion de usted me interesa,— continuó Daniel cuya cabeza preocupada con la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podria sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que á todo se prestaria con la mayor docilidad, á cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginacion le creaba.

—Oh! yo bien sabía que te interesarias por mí, tú el mas noble, bondadoso, y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, no es verdad?

—Creo que sí. ¿Se contentaría usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posicion política en la actualidad es la mejor recomendacion de federalismo para los individuos que la sirven?

—Ah! ese sería el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y ademas, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y dis-

tinguido patron, á quien desde ahora tambien profeso el mas íntimo, profundo y leal respeto. Tú me salvas Daniel!

Y Don Cándido se levantó y abrazó á su discípulo, con una efusion de cariño á que él habria llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

—Retírese usted tranquilo, Señor Don Cándido, y tenga usted la bondad de volver á verme mañana.

—Sin falta, sin falta!

—No siendo á las seis de la mañana, bien entendido.

—No, vendré á las siete.

—Tampoco. Venga usted á las diez de la mañana.

—Bien; vendré á las diez, seré exacto y puntual á la cita.

—Una palabra: guarde usted el mas profundo silencio sobre el asunto del jeneral La-Madrid.

—He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro á fé de honrado y pacífico ciudadano.

—Nada de juramentos, Señor, y hasta mañana.

na,—dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando á su maestro hasta la puerta del gabinete.

—Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado; el mas bueno y jeneroso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y D. Cándido Rodriguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que á su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran Señor de la federacion de 1840.

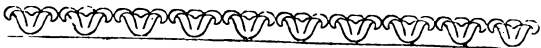
—Son las doce, Fermin. Pronto, un frac ó un levita, cualquier cosa—dijo Daniel á su criado que entró al gabinete en el momento de salir D. Cándido.

—Han venido de casa del coronel Salomón,—le dijo Fermin.

—Han traído una carta?

—No, Señor. El coronel Salomón mandó decir á usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento, pero que hoy á las cuatro de la tarde se iba á reunir la Sociedad, y que esperaba á usted á las tres y media.

—Bien, dame la ropa.



CAPITULO XII.

Florenxia y Daniel.



OCOS minutos faltaban para que el gran reloj del Cabildo marcara las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del Señor ministro de Relaciones Exteriores D. Felipe Arana, en la calle de Representantes; por la cual siguió en dirección al Sur, hasta encontrarse

con la calle de Venezuela que cruza la ciudad de Este á Oeste; y doblando por ella, en direccion al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

—Daniel no habia adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacía relacion con su amigo Eduardo, ó mas bien, mucho habia ganado en contentamiento desde que se impuso de que el Señor ministro Arana, no sabia una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el Señor ministro venia de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban á su alcance para saber, antes que Victorica, lo que habia ocurrido en el Bajo de la Residencia, segun las propias palabras del Señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba en los demás, es decir, una ignorancia completa, ó una confusion de relaciones en todos aquellos á quienes se habia dirigido, y cuyos informes debia recojer en el resto de ese dia.

Ya sabia que el ministro estaba ajeno de cuanto habia pasado. Iba á saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban Doña Agustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra sobre

aquel incidente, cuya relacion que de él hicieran, debia provenir directamente de la casa de Rosas, á donde habrían afocádose los informes de Victorica y sus agentes, y á donde esas Señoras concurrían todas las mañanas; y por último, esa tarde sabría lo mas ó menos informada que estaba la Sociedad Popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habría tomado entonces todos los caminos oficiales y semi-oficiales por donde podia andar, mas ó menos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no habia perdido el tiempo en su ministerial visita, pues habia conseguido que el Señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese jóven que, casi solo, sin mas armas que su valor, y sin mas auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad, empezaban á ser relajadas prodijiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no habia desenvuéltose nunca ese espíritu de asociacion que sus necesidades morales reclama-

ron siempre ; por ese jóven decíamos que era una especie de conspiracion viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprehensible por su petulancia al querer trastornar, con la sola potencia de su espíritu, un órden de cosas constituido mas bien por la educacion social del pueblo arjentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, que tenia grande respeto á los talentos de Daniel, á quien mas de una vez consultaba sobre alguna redaccion de fórmula, ó alguna traduccion del frances, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el Señor ministro de Relaciones Exteriores, habia consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidéz que le era característica, y con aquella inocencia que empezó á revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la hermandad del Santísimo Sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la Custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salía de la Santa Iglesia Catedral la procesion que se llamaba de la Renovacion, por ser el dia en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptacion de aquel consejo iba á convertirse en un árbol de escelentes frutos para aquel jóven, á quien solamente faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario porque pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, á pesar de su aislamiento, se desenvolvía, despues de algunos meses, un plan todo él de conspiracion activa contra Rosas, que irá conociéndose mas tarde, á medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasion tambien de saberse algo sobre esa tan importante concesion que acababa de conseguir de D. Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel habia doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la naturaleza y la educacion regalan á los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio, no alcanzan á reproducir jamás. Con su levita negra abotonado, y sus guantes blancos, en la edad mas bella de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve á marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la intelijencia, Daniel era acreedor muy pri-

vilejiado á la mirada de las mujeres, y á la observacion de los hombres de espíritu, que no podian menos de reconocer un igual suyo en aquel jóven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad esclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado á la calle de la Reconquista, nuestro jóven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazon.

De pié junto á la mesa redonda que habia en medio del salon, y sus ojos fijos en un ramo de flores que habia en ella, colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veía las flores, ni sentía la impresion de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que la estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oír salir de boca de Doña María Josefa; al mismo tiempo que dibujaba á su capricho la imájen de esa Amalia á quien creía estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstraccion de su espíritu era tal, que solo conoció que habian abierto la puerta del salon, á cu-

ya daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

—Daniel!—esclamó la jóven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fué tan natural, y tan marcada la espresion, no de enojo, sino de disgusto, que asomó á su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor á las mejillas de una jóven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

—Caballero, mi mamá no está en casa,—dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

—Mi mamá no está en casa! ¡Caballero!—repetió Daniel como si le fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salían de los labios de su querida.—Florencia,—continuó,—juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en tí.

—Quiero decir, que estoy sola, y que espero

querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe á una Señorita.

Daniel se puso colorado hásta las orejas.

—Florencia, por el amor de Dios, dime que estás jugando conmigo, ó dime si es verdad que yo he perdido la cabeza.

—La cabeza nó, pero ha perdido usted otra cosa.

—Otra cosa?

—Sí.

—Y cuál, Florencia?

—Mi estimacion, Señor.

—Tu estimacion! ¿yó?

—Y qué le importa á usted el cariño, ni la estimacion mia!—dijo Florencia con una fujitiva sonrisa, y marcando ese jesto de desden que era el mas bello juguete de su pequeña boca.

—Florencia!—esclamó Daniel dando un paso hácia ella.

—Quieto!—caballero,—dijo la jóven sin moverse de su puesto; y alzando su cabeza y estendiendo su brazo hácia Daniel que casi tocaba con sus lábios la palma de la linda mano de su amada. Pero fué tal la dignidad y la resolucion que acompañaron la palabra y la accion de la Señorita Du-

pasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar esplicaciones. La escena empezaba á cambiar.

—Creo, Señorita,—dijo Daniel rompiendo el silencio,—que si he perdido la estimacion de usted, á lo menos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

—Y yo, Señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder á esa pregunta,—repuso Florencia con esa altanería réjia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, ó creen estar, ofendidas por su amado, mientras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

—Entonces, Señorita, me tomaré la libertad de decir á usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una in-

justicia que está ofendiendo á usted en el concepto mio,—replicó Daniel con seriedad.

—Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió á reinar.

—Florencia; si anoche me retiré á las nueve, fué porque un asunto importante reclamaba mi presencia lejos de aquí.

—Señor, es usted muy libre para entrar á mi casa, y retirarse de ella á las horas que mejor le plazca.

—Gracias, Señorita,—dijo Daniel mordiéndose los lábios.

—Gracias, caballero.

—De qué, Señorita?

—De vuestra conducta.

—De mi conducta!

—Se ha levantado usted sordo, caballero? repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria,—dijo Florencia riéndose y bañando á Daniel con una mirada la mas desdeñosa del mundo.

—Hay ciertas palabras que yo necesito repetir para entenderlas.

—Es un trabajo inútil esa repetición.

—Puedo saber por qué, Señorita?

—Porque bien tiene obligación de oír lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos almas.

—Florencia!—esclamó Daniel con voz irritada:—aquí hay una injusticia horrible, y yo ecsijo una esplicación ahora mismo.

—Ecsijo, ha dicho usted?

—Sí, Señorita, lo ecsijo.

—Me hace usted el favor de volver á repetirlo?

—Florencia!

—Señor?

—Oh! basta, esto ya es demasiado.

—Le parece á usted?

—Me parece, Señorita, que esto' ó es una burla indigna, ó es buscar un pretesto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho á interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y á pedir la razón del modo porque así se me trata.

—Ah! ya no ecsije usted, *vide*, no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable Señor,—dijo Flo-

rencia midiendo á Daniel de pies á cabeza con una mirada la;mas altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel subió á su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fé, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

—Ecsijo ó pido, como usted quiera; pero quiero ¿entiende usted, Señorita? quiero una esplicacion de esta escena,—dijo volviendo á apoyar su mano en el respaldo de la silla.

—Calma, Señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gástarla alzándola tanto. Supongo no querrá usted olvidar que es á una mujer á quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvencion le era mas amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

—Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mio!—esclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió á reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

—Pero, Florencia, el proceder de usted es in-

justo, inaudito, ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una esplicacion ?

—Una esplicacion! ¿y de qué, Señor? ¿De mi proceder injusto?

—Eso es lo que pido, Señorita.

—Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden esplicaciones de las injusticias que se reciben.

—Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora.....

. —Qué cree usted ?

—Que no tratamos de política.

—Usted se engaña.

—Yo!

—Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene á usted tratar; á lo menos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo á usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la habia pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza ajitó visiblemente sus facciones, mientras que Florencia lo miraba con una espresion mas bien de lástima que de resentimiento.

—Yo pensaba que la Señorita Florencia Dupasquier—dijo Daniel con sequedad—tenía algún interés en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algún peligro amenazaba la existencia de sus amigos, ó la suya propia quizá.

—Oh! esto último, caballero, no puede inquietar mucho á la Señorita Dupasquier.

—De veras!

—Desde que la Señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algún peligro amenaza al Señor Bello, no le faltará algún lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

—Yo!

—Me parece que es con usted con quien estoy hablando.

—Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme—repitió Daniel cada vez mas extraviado en aquel laberinto.

—Quiere usted que hable en francés, Señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He dicho en muy buen castellano y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de

Hadas; ¿no sabe usted donde es esto, Señor Bello?

—Esto es insufrible.

—Por el contrario, Señor, esto es muy ameno. Le estoy á usted hablando de lo que mas le interesa en este mundo.

—Florencia, por Dios!

—Ah! no le ha parecido á usted bien la comparacion de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entonces su lugar encantado con la isla de Calipso; usted será su Telémaco ¿le parece á usted bien?

—Por el Cielo, ó por el infierno; ¿donde es ese paraje á que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

--De veras?

—Florencia, esto es horrible!

—No tal; es bien divertido.

—Qué?

—Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, Señor?

—Pero donde, donde?

—En Barracas, por ejemplo--y diciendo estas palabras, la jóven dió la espalda á Daniel y empezó

á pasearse por la sala con el aire mas negligente del mundo, mientras en su inesperto corazon ardía la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran á los diez y ocho y á los cuarenta años en la vida de las mujeres.

—En Barracas!—esclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos hácia Florencia.

—Y bien ¿no estaría usted perfectamente allí?—continuó la jóven volviéndose á Daniel.—Ademas—continuó, moviendo la cabeza y repitiendo su jesto favorito—usted tendria cuidado de que no le hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios ó las lavanderas.

—En Barracas! herido! Florencia, me matas si no te esplicas.

—Oh! no se morirá usted; á lo menos hará usted lo posible por no morir en la época mas venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

—Son perdidos, Dios mio!—esclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos!

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoracion, estaban sin embargo torturándose el alma, al influjo del jénio perverso que habia soplado la llama de los celos en el corazon de una mujer jóven y sin esperiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo á que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó á sus pies, y, de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

—Por el amor del Cielo, Florencia,—la dijo alzando los ojos hácia ella, pálido como un cadáver— por tí, que eres mi Cielo, mi Dios y mi Universo en este mundo, espícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto anjelizado de mi corazon. Mujer ninguna es en el mundo mas amada que tú. Pero ¡oh Dios mio! no es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre

ellos, alma del alma mía. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del día, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo á muerte contra un brazo infinitamente superior al mio; es la vida de Oye, Florencia, porque tu alma es la mia, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mia, y el puñal que atravesase el corazón de Eduardo ha de llegar tambien hasta mi pecho.

—Daniel!—esclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasión, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazón de Florencia empezaba á rejenerarse de la presión de los celos.

—Sí,—continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia,—Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude

salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa, ni la de él podían servirnos.

—Eduardo asesinado! Dios mio! ¡qué día es pantoso es este para mi corazón! ¿pero no morirá, no es cierto?

—No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo á alguna parte y lo conduje á lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer á quien despues de tí quiero en el mundo, como se quiere á una hermana, como se debe querer á una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado á su ruina, á ella que vivia tan tranquila y feliz!

—Su ruina! ¿y por qué, Daniel? ¿por qué?— y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidéz y sus palabras imprimian el miedo en su corazón.

—Porque para Rosas la caridad es un crimen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo, y

—Nada saben, nada saben!—esclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas

manos,—nada saben, pero pueden saberlo todo ;
oye: ;

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus zelos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma á su querido, y sentándolo, y ella á su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversacion con la Señora de Mancilla y Doña María Josefa. Pero á medida que iba llegando al punto de la conversacion sobre Amalia, su semblante se descomponía, y sus palabras iban siendo mas marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteracion al escuchar el episodio sobre sus visitas á Barracas, lo que no escapó á la penetracion de la jóven.

—Infames!—esclamó luego que aquella habia concluido su narracion.—Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece á Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. Infame! Complacerse en torturar el corazon de una criatura!

—Florencia!—continuó Daniel volviéndose á es-

ta--yo te insultaría si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho, no es mas que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demás es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mia.

—Así es en jeneral; pero en este caso, Daniel, lo mas que puedo hacer es suspender mi juicio.— Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con lijereza en una acusacion hecha á su amante.

—Dudas de mí, Florencia?

—Daniel, yo quiero conocer á Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

—La conocerás.

—Quiero frecuentar su relacion.

—Bien.

—Quiero que sea en esta semana el primer dia en que nos veamos.

—Bien ¿quieres mas?—contestó Daniel con seriedad.

—Nada mas,—respondió Florencia y estendió

su mano á Daniel que la conservó entre las suyas. En cualquiera otra ocasion habría impreso un millon de besos en esa mano tan querida, pero en esta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban á sus amigos de Barracas.—¿Estás segura que el bandido no dió ninguna seña particular de Eduardo?—la preguntó Daniel.

—Cierta ; ninguna.

—Necesito retirarme, Florencia mia, y, lo que es mas cruel, hoy no podré volver á verte.

—Ni á la noche?

—Ni á la noche.

—Acaso irá usted á Barracas?

—Sí, Florencia y no regresaré hasta muy tarde. ¿Crees tú que no debo estar al lado de Eduardo; velar por su vida y por la suerte de mi prima, á quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar á Eduardo, á mi único amigo, á tu hermano, como tú le llamas?

—Anda, Daniel,—contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa jóven.

—Dudas de mí, Florencia?

—Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

—Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en tí lo que jamás se ha separado de mi pecho,—y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocia bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda mas delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colòcaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazon. Ya no dudaba; ya no tenía sino amor y ternura por Daniel; porque un instante despues de haber llorado en una tierna reconciliacion, una mujer ama doblemente á su querido.....

.....

Dos minutos despues, Florencia sentada en un sofá besaba la cadena de pelo, y Daniel volvía á tomar la calle de Venezuela.





CAPITULO XIII.

El Presidente Salomon.



N la vereda en frente al costado derecho de la pequeña Iglesia de San Nicolas, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera á media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes á la ora-

cion era cosa segura que se hallaría sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta mas arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho á sesenta años de edad, alto, y de un volumen que podria muy bien poner en celos al mas gordo buey de los que se presentan en las exposiciones anuales de los Estados-Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo, y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro, recibieron por herencia de su padre, la pulpería contigua á la casa que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de Gonzalez.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradicion no cuenta por que ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomon. Pero lo que hay de positivo es, que á este nombre nuestro D. Jenaro se ponia furioso como

una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodijios de puño y de leñazos con aquellos que, por mas ó menos vino ó aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este D. Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitán de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicacion en un motin militar, dejando en prematura viudedad á su esposa Doña María Riso, y en horfandad á su hija Quintina.

A su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor Julian Gonzalez. Y por un rasgo de filosofía popular, ó acaso porque el nombre de Salomon sonaba mejor á su oído que el de Gonzalez, desde la muerte de su hermano Jenaro, el D. Julian empezó á firmarse y hacétese llamar por todos sus amigos

Julian Gonzalez Salomon.

Y hé ahí desde entonces adherido á su nombre de bautismo el nombre ilustre que solía fermentar la bilis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este D. Julian empezó á crecer en volúmen como en nombre, y en dignidades como en nombre y vo-

lúmen, pues que, de pulpero empezó á elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de soláz en el umbral de la puerta de su casa ; pues D. Julian Gonzalez Salomon y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un solo viviente verdadero é indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino, á la entrada del jeneral Rosas al gobierno, fué demasiada fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terron de carne y barro, y, desde el umbral de su puerta, lo levantó á la altura de coronel de milicias, y mas tarde á la de Presidente de la Sociedad Popular Restauradora, de quien la union de sus miembros fué simbolizada por una mazhorca de maiz, á imitacion de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquel, y cuyo objeto era la propaganda de *Mas-horca*: Equívoco de pronunciacion que servía para determinar el símbolo y la idea, y que fué aplicado tambien á la Sociedad Popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del dia en que han ocurrido los anteriores sucesos, todo la cuadra de la ca-

sa del coronel Salomon estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma ó de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y apesar de ser este un espectáculo muy comun en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolas estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomon estaba cuajada por los jinetes á quienes pertenecian aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo mas ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal á la cintura, cuyo mango salia por sobre la chaqueta un poco hácia el costado derecho: espada de la federacion, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el traje, las caras de aquellos hombres parecian tambien uniformadas: vigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y finca-

mía de esas que solo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado antes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que habia desordenadamente colocadas en la sala, otros en el banco de las ventanas, y otros en fin sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó donde solia echar su firma el Señor Presidente Salomon, haciendo traer antes un tarrito de pomada que servia de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos Señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, al traves de cuyos celajes se descubrian sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre Presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua á la sala, sentado á los pies de un gran catre que le servía de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetia por la vijésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomon:—y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente:

—Cree que ya estoy?

—Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodijiosa.

—Pero mire: usted me hará el favor de sentarse á mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

—Ya habia pensado pedirle á usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme á nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

—Eso corre de mi cuenta. Vamos á entrar.

—Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos á nuestra sociedad federal el mismo orden que hay en la Sala de Representantes.

—Si ya se lo he dicho á Boneo, pero es un haragan que no sabe mas que hablar.

—No importa, vuelva usted á decírselo, y lo hará.

—Bueno, entremos.

Y el Presidente Salomon, y Daniel Bello, vestido con su misma levita negro abotonado, pero con una divisa algo mas larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesion.

—Buenas tardes, Señores,—dijo Salomon con el tono mas,sério y majistral del mundo, encaminándose á ocupar la silla que habia delante de la mesa de pino.

—Buenas tardes, Presidente, Coronel, compadre &a.—contestó cada uno de los presentes, segun el título que acostumbraba dar á Don Julian Salomon; lanzando todos á la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al Presidente y en el que echaban de menos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de mas una cara y unas manos demasiado finas.

--Señores,—dijo Salomon—el Señor es Don Daniel Bello, hijo del hacendado Don Antonio Bello, patriota federal, á quien yo le debo muchos servicios. El Señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra Sociedad Restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces á participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la Federacion! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos franceses! ¡Muera el rey guarda-chanchos Luis Felipe! ¡Mueran los sal-

vajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses! ¡Muera el pardejon Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del Presidente Salomon, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, á par que gritaban, hacian círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su Presidente; y esta grita que se oía en cuatro cuadras á la redonda, fué repetida por la turba que transitaba la calle, no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomon gritaba ¡Muera! y vice-versa.

Calmado el huracan, Salomon se sentó en su silla, su Secretario Boneo á su izquierda, y nuestro jóven Daniel á su derecha.

—Señor Secretario,—dijo Salomon echándose hácia atrás en el respaldo de su silla—lea usted la lista de los Señores presentes.

Boneo tomó el primer papel de unos que habia sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que habia apuntado antes con un lápiz—dijo así:

—Presentes:

Los Señores—Presidente.

Cuitiño.

Parra.

Parra (hijo).

Maestre.

Alén.

Alvarado.

Moreno.

Gaetano.

Larrazabal.

Merlo.

Moreira.

Diaz.

Amoroso.

Viera.

Amores.

Maciel.

Romero.

Boneo.

—No hay mas?—preguntó Salomon.

—Son los presentes, Señor Presidente.

—Lea usted la lista de los ausentes.

—De toda la Sociedad?

—Sí, Señor. ¿Pues qué somos menos que los Representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que

no están, como se háce en la Sala de Representantes. Lea usted la lista.

—Socios ausentes—dijo Boneo, y leyó la lista de la Sociedad Popular Restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales (1).

Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza—dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los Socios; y en seguida dió un tironcito de los anchos calzones de Salomon.

—“Señores,—dijo entonces el Presidente de la Sociedad Popular—la Federacion es el Ilustre Res-

(1) En la primera edicion de esta parte de la *Analia* publicóse la lista de los Socios populares. Este célebre documento lo tomamos de la misma *Gaceta Mercantil*, diario oficial de Rosas como lo eran todos. Bien podriamos, sin duda, colocarlo tambien en esta edicion, siendo Rosas, y no nosotros el responsable del disgusto causado á los que se hallan colocados en esa pieza histórica, de un modo tan poco honorable. Pero hemos querido condescender con la situacion actual, que de todo se resiente, especialmente de la verdad. Muchos de los nombres que figuran en esa lista, son, por otra parte, individuos que la fatalidad los colocó en ella, sin haber contribuido en lo mínimo á los crímenes de la mas-horca; y esas dos consideraciones á la vez nos han aconsejado la supresion que hacemos.

El Autor.

Buenos Aires, Mayo de 1855.

taurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la Federacion.”

—Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!— gritó uno de los socios federales á quien todos los demas hicieron coro.

¡ Viva su digna hija la Señorita Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra !

¡ Viva el héroe del Desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la Federacion !

¡ Mueran los franceses inmundos, y su Rey guarda chanchos !

—“Señores,—continuó el Presidente,—para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la Federacion del. . . . pueda salvar la Federacion del. . . . para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la Federacion del. . . .

—Del eminente peligro,—le dijo Daniel casi al oído.

—“Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir á muerte á los unitarios, luego todo unitario debe ser perseguido á muerte por nosotros.”

—¡Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios!—gritó otro de los Socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazabal, á cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano.

—“Señores, es preciso que persigamos á todos sin compasion.”

—Hembras y machos—gritó el mismo Juan Manuel Larrazabal, que parecia el mas entusiasta de los concurrentes.

—“Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no lo servimos como debemos”—continuó Salomon.

—Ahora entra lo de anoche—le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

—“Ahora entra lo de anoche”—repitió Salomon, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tiron de los calzones.

—“Señores,—continuó Salomon—ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el Señor Comandante Cuitiño se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en donde, y así ha de ir sucediendo todos

los días, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la Federacion. Yo he llamado á ustedes para que juremos otra vez perseguir á los inmundos salvajes unitarios que quieren fugar para Montevideo y unirse al pardejon Rivera y venderse al oro asqueroso de los franceses. Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! y mueran todos los enemigos de la santa causa de la Federacion!”

—Mueran á puñal los salvajes inmundos unitarios!—gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesion, como en la calle donde habia apiñada á las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomon.

—Pido la palabra,—dijo el comandante Cuitiño levantándose.

—Tiene la palabra,—contestó Salomon, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

—“Yo anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija Doña Manuelita Rosas

y Ezcurra. El Restaurador es mas que Dios porque es el padre de la Federacion, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que á los que agarré anoche. Es verdad que uno se escapó, pero vá bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre á Doña Maria Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar á Su Excelencia que es el padre de todos. Para ser buen federal, es preciso mostrar esto.”—Y Cuitiño sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero algunas manchas de sangre, de aquella en que se habia empapado la noche anterior.

A esta accion todos los mashorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorrumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los franceces, contra Rivera, y especialmente contra Luis Felipe, el rey guarda chanchos, segun lo llamaban, por inspiracion de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteracion, la mínima expresion, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni

de afeccion, ni enojo. Frio, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al Presidente con el aire mas resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

—“Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer á esta ilustre y patriótica Sociedad, aun cuando espero incorporarme á ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo poder prestar á la Federacion y al Ilustre Restaurador de las Leyes, servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, que ya son conocidos tanto en la República como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron á este tan lisonjero exordio.

—“Pero, Señores,—continuó Daniel—es á las personas presentes á las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar á los demás socios su entu-

siasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, mientras que los demás no asisten á las sesiones federales. La Federacion no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesion, ó cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del Presidente, ó á donde haya peligros, sin dejar á unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy buenos federales, pero á mí me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que esta debe ser la opinion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea mas respetada en adelante."

Daniel no dió su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó á lo que el mismo habia osado esperar. Todos los miembros de la Sociedad allí presentes, gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habian asistido á la Sesion y cuyos nombres habia leído el secretario Boneo. Empezaron á circular nomi-

bres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas ó movimientos de cabeza.

—Así, así; mas os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoreis unos á otros,—decia Daniel para sí mismo.

El Presidente Salomon volvió á proclamar á los socios para que vijilasen mucho á los unitarios, y sobre todo los lugares del rio por donde era presumible que se embarcasen: y despues de nuevo entusiasmo y nuevos gritos, dió por concluida la sesion á las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el Presidente Salomon que no cabia en la inmensa epidermis que lo cubria, despues de su portentoso discurso, cuya satisfaccion le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de Don Antonio Bello.

Nada sabian sobre Eduardo.—Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes y en la esquina de la de Cuyo encontró á Fermin que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle esta-

ba llena de jente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras :

—A las nueve.

—Allá?

—Sí.

Y el magnífico caballo blanco sobre que acababa de montar Daniel, tomó el trote por la plaza de las Artes en direccion á Barracas. Llegó luego á la calle del Buen Orden, que es la prolongacion de aquella, y llegó á la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban á apagarse los últimos crepúsculos del dia.

El jóven, cuyo espíritu habia pasado por tantas impresiones en el curso de ese dia como en la noche que habia precedídole, no pudo menos de parar su caballo y estasiarse desde aquella altura en contemplar el bellissimo panorama que se desenvolvía á sus pies, matizado con los últimos rayos de la tarde. Por que á los veinte y cinco años de la vida, el corazon del hombre se encadena májicamente á los espectáculos poéticos de la naturaleza, que descubren en su imaginacion fértil y robusta todo el poder de atraccion que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico á

sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas; al fin de ellos el gracioso riachuelo, y á la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las mas bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba á descender por esa barranca cuando sintió hácia atras una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta la cabeza conoció á veinte pasos de él, á su benemérito maestro de escritura que venia á gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fué al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos ó tres minutos sin poder hablar, tal era la opresion de sus pulmones.

—Qué hay, qué le pasa á usted, Señor Don Cándido?—le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

—Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crimen.

—Señor, estamos en un camino público; dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

—Recuerdas del bueno, del noble y jeneroso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

—Sí.

—Recuerdas que vino anoche y . . .

—Sí, sí. ¿Qué le ha sucedido al hijo?

—Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

—A qué horas?

—A las siete. Tan luego como se supo que había salido anoche de casa del Gobernador. Temieron sin duda . . .

—Que revelase ó que hubiera revelado lo que sabía; le ahorro á usted las palabras.

—Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago mi Daniel querido? qué hago?

—Preparar sus plumas para entrar mañana á ocupar el empleo de copista privado del Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

—Yó? Daniel!—y en su arrebató de alegría, Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

—Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese á su casa.

—Sí, yo fuí á la tuya á tiempo que salia Fernin con tu caballo, lo seguí, despues te seguí á tí y.....

—Bien, otra cosa: tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre ó mujer, donde alguna vez haya usted pasado la noche?

—Sí.

—Pues ahora mismo vaya usted á convenir con ella, en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adios, Señor.

Y Daniel picó el caballo, y, corriendo un gran riesgo, bajó á galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios ó de los árboles, en cuyas copas morian desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde diez y ocho horas antes habia pasado con el cuerpo exangüe de su amigo; y era á la casa de la hermosa Amalia,

en que habia recibido hospitalidad y vuelto á la vida, donde ahora se dirijia el valiente y jeneroso Daniel.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.



CAPITULO I.

Amalia Saenz de Olabarrieta.



UCUMAN es el jardin del Universo, en cuanto á la grandeza y sublimidad de su naturaleza," escribió el capitan Andrews en su "Viaje á la América del Sur," publicado en Londres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora al parecer tan hiperbólica.

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la naturaleza tropical de gracias, de lujo y poesía se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucuman, fuese la mansion escogida de los jénios de esa desierta y salvaje tierra que se estiene desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde el Andes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil, y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la naturaleza armoniza allí el espíritu de sus creaturas, con las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazon especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, á quien despues la educacion aumenta ó desfigura el grabado de su primitivo molde. Y en Tucuman, como en todas esas latitudes privilegiadas, entibiadas por la luz de los trópicos, el corazon participa con el aire, con la luz, con la vejetacion, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundante la naturaleza.

Y es entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas, que se repite con frecuencia ese fenómeno fisiológico de que los ingleses se ríen y los

alemanes dudan, como dice el novelista Bulwer, que acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos mas meridionales de la península española; es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos tambien, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas nació Amalia, la jenerosa viuda de Barracas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia; y nació allí como nace una azucena ó una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando ésta tenía apenas seis años; y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacia á Buenos Aires sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo mas delicado de su alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando á los diez y siete años de su vida dió su mano, por insinuacion de su madre, al Señor Olabarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazon de la jóven no habia abierto aun el broche de la purísima flor de sus afectos, y los

hábitos de su aroma estaban todavía velados entre las lozanas, hojas mal abiertas.

Mas que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia, parecia ser uno de esos destinos predestinados al dolor que arrastran la vida á la desgracia, fija, poderosa, irremediabilmente, como la vorájine de Moskoe á los impotentes bajeles.

El coronel Sáenz amaba á su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó á la tumba cuando su hija aun no habia salido de la niñez!

El Señor Olabarrieta amaba á Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el Señor Olabarrieta murió un año despues de su matrimonio, es decir, año y medio antes de la época en que comienza esta historia!

Ya no le quedaba á Amalia sobre la tierra otro cariño que el de su madre; cariño que suple á todos cuantos brotan del corazon humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se estingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses despues de la muerte del Señor de Olabarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodijiosamente la organizacion y la vida, tienen en sí mismos el jérmen de una melancolía innata que se desenvuelve en el andar del tiempo y los sucesos, y llega á enseñorearse tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan á ser melancólicos hasta en los sueños ó en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano ó á los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma á vivir con las recordaciones de su infancia, ó con las creaciones de su imaginacion alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz íntima de los espíritus poetizados y cruzan por ese mundo sin forma, ni color, que los sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginacion y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso tambien abandonar su tierra natál donde hallaba á cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino á Buenos Aires á fijar en ella su residencia.

Ocho meses hacia que se encontraba allí, tran-

quila si no feliz, cuando nos la dieron á conocer los acontecimientos del 4 de Mayo. Y veinte dias despues de aquella noche aciaga, volvemos á encontrarnos con ella en su misma Quinta de Barracas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba al retrete, que los lectores conocen ya, al través de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, é iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el Oriente cuando despunta el dia.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedia un grueso leño que ardia en ella, se reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la chimenea; formándose así la única luz brillante que allí habia.

Los pebeteros de oro colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que les aprisionaban, hacian oir esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la grande ópera de la na-

turalaleza, hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organizacion.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducia al infinito sobre el cristal, sobre el acero, y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillón de damasco caña, delante á uno de los magníficos espejos de su guarda-ropas; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados, y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, dejando que su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmín, que, en vez de peinar aquellos, parecia deleitarse en pasarlos por su desnudo brazo para sentir sobre su cútis la impresion cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer: era una Diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los griegos. Sus ojos entre-dormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuía á dar mayor realce á su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo mas descuidado que ella misma, que algunos escritores de Ro-

ma antigua describen á Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez á los ojos de Sextus, de quien el bárbaro crimen debía perder la mujer y salvar la patria, 509 años antes de Cristo. Y cuando Cleopatra llegó hasta su vencedor, en su galera con *popa de oro, con velas de púrpura y remos de plata*, venia dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo á su seno de *alabastro*, sus cabellos negros como la noche, y Antonio olvidó á Roma y sus lecciones y se hizo el esclavo de la *Diosa dormida*. Así, en ese momento, y de ese modo, Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una Diosa.

Habia algo de resplandor celestial en esa criatura de veinte y dos años, en cuya hermosura la naturaleza habia agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidéz lijerísima, matizada con un ténue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la expresion melancólica y dulce de una organizacion amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño quien cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas; no era el sueño, era un éstasis delicioso que embriagaba de amor aquella natura-

leza armoniosa é impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio á los perfumes, á la música, y á los rayos blancos y celestinos de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fujitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parece que volaban jugueteando por el jardin de su fantasía; pues dos veces su fisonomía animóse y la sonrisa entreabrió sus lábios, que cerráronse luego como dos hojas de rosa á quien halaga y conmueve el aliento fugáz que se escapa de los lábios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordacion de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un lijero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un lijero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, mas que su ayuda de tocador, viendo llegar el momento en que iba á concluirse su placer, mas bien que su tarea, dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillon, los miró todavía un instante, y, desliziéndose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, ajitó sus manecitas junto

á las jaulas de los jilgueros, y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entonces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron mas alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo al rededor de Amalia.

Luisa conocía, por la práctica, la organizacion de su Señora, y al acercarse á ella, despues de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó á pasar su mano, casi imperceptiblemente por las sienes y los cabellos de la Diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo: porque en Amalia habia una de esas organizaciones perfectas y sensibles en quienes la armonía de la naturaleza ó del espíritu, obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra el alma bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso, en los momentos en que está conmovida por impresiones simpáticas con su organizacion.....

.....

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza, cuando la hija del jardin arjentino abrió los ojos y

derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida á la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de enero.

Sus labios, rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad á un suspiro aromado con las esencias de su corazon, que acababa de despertarse entre el jardin de las ilusiones.

Sus brazos, que habrian dado envidia al cincél que labró la Venus de los Médicis, y cuya encarnacion casi transparente solo habria podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que habia apenas una pulgada de encaje para sostener el cambray que coqueteaba sobre su seno, se extendia descuidados sobre los del sillón; y su pequeño pié, desnudo, entre una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes á una ténue neblina, se podria decir:

“Porem nem tudo esconde, nem descobre.”

como de la gasa que cubria á la hermosa *Dione* del príncipe de los poétas Lucitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiante en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se refleja-

ba algo que los sentidos no alcanzaban á comprender, porque pertenecía á lo mas ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía tan dulce á par de bella, estaba bañada por una luz ténue de melancolía y sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos que se entreabrian en medio de un éstasis del alma, habia mas de ilusion que de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstraccion de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está mas arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del Cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendia de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban á su vez; sublimándose de ese modo cuanto la naturaleza tiene de mas perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentacion que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida á las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de éste á su vez, dan valor á los encantos materiales que la hermosean. Y es de esta union armónica del alma y los sentidos, que re-

salta siempre la perfeccion de una mujer; ante quien los sentidos entonces dejan de ser audaces por respeto á su alma, y el amor deja de ser una espiritualizacion estravagante por respeto á la belleza material que lo fomenta, sino precisamente lo orijina.

Y era Amalia pues, una de esas privilegiadas creaturas que reunen en sí aquella doble herencia del Cielo y de la tierra, que consiste en las perfecciones físicas, y en la poesía ó abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico á quien mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclinó á un lado del respaldo del sillón, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora la preguntó :

—He dormido, Luisa?

—Sí, Señora,—le contestó la niña sonriendo á su vez.

—Mucho tiempo?

—Mucho tiempo nó, pero mas que otras veces.

—Y he hablado?

—Ni una palabra; pero ha sonreido usted dos veces.

—Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreído.

—Cómo! ¿Lo que hace usted dormida, lo recuerda cuando se despierta?

—Pero yo no duermo cuando tú lo piensas, Luisa mía,—contestóle Amalia mirando con una expresión llena de cariño á su inocente compañera.

—Oh! sí que duerme usted!—replicó la niña sonriendo otra vez.

—No, Luisa, no. Yo estoy perfectamente despierta cuando tú crees que duermo. Pero una fuerza superior á mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estoy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo, ó sufro segun las impresiones que me dominan, segun los cuadros que me dibuja la imaginacion, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éstasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí; aun mas: conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aun en medio á las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por ejemplo, creo ver-

lo como hace un instante lo estaba viendo aquí, aquí á mi lado....

—Viendo! ¿á quién, Señora?—preguntó la niña que no podia explicarse lo que acababa de oír.

—A quién?

—Sí, Señora; aquí no ha habido nadie mas que nosotras, y usted dice que lo *estaba viendo*.

—A mi espejo....—contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenia delante.

—Ah! pues sino veía usted mas que el espejo.....!

—Sí, Luisa, solamente á mi espejo.... vísteme pronto.... y, entretanto, dime: ¿qué me referiste al despertarme?

—Del Señor Don Eduardo?

—Sí; eso era; del Señor Belgrano.

—Pero Señora, todo lo olvida usted! es esta la cuarta vez que voy á hacer la misma relacion.

—Ah! la cuarta vez! bien, mi Luisa, despues de la quinta yo no te lo preguntaré mas—dijo Amalia parada delante de su espejo ajustándose un baton de merino color violeta con guarniciones de cisne.

—Vaya, pues!—prosiguió Luisa.—Cuando salí al patio, fuí, como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, á preguntar al criado como se hallaba su Señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Yo me volvía cuando al traves de la verja los descubrí en el jardin. El Señor Don Eduardo cojía flores y hacía un ramillete cuando me acerqué á él. Nos saludamos y estuvimos hablando mucho rato de . . .

—De quién?

—De usted, Señora, casi todo el tiempo; por que ese Señor es el hombre mas curioso que he visto en mi vida. Todo lo quiere saber; si usted lee de noche, que libros lee, si usted escribe, si le gustan mas las violetas que los jacintos, si usted misma cuida de sus pájaros, si . . . qué se yo cuantas cosas!

—Y de todo eso hablaron hoy?

—De todo eso.

—Y de la salud de él no hablastes nada, tontuela.

—Pues! Tonta sería si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

—Viendo?

—Solo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea mas que ayer que fué el primer dia que salió al pátio; y á veces al acentar la pierna izquierda se conoce que sufre horriblemente.

—Oh! Dios mio! si no debe caminar todavía! es terco!.... es terco!—esclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un golpe con su preciosa mano sobre el brazo aterciopelado del sillón.—Y quiere salir!—continuó Amalia despues de un momento de silencio.—Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloqueçerme, está visto! Acaba Luisa, acaba de vestirme y despues....

—Y despues tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. Ya se vé, está usted en ayunas y ya es tan tarde!

—Pálida! ¿Te parezco muy mal, Luisa?—preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de pies á cabeza mientras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendía velar el delicado alabastro de su garganta.

—Mal? no, Señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada mas.

—De veras?

—Cierto que sí, Señora; y esta noche....

—Ah! no me hables de esta noche!

—Cómo? 'no le gustará á usted el estar bien para esta noche?

—Por el contrario, Luisa, querría estar enferma.

—Enferma!

—Como lo oyes.

—Pues, Señora, cuando yo tenga mas edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza.

—Ya lo ves, hija mia,—dijo Amalia sonriendo de la injenuidad de Luisa.—Ya lo ves, tu desearias estar buena, y yo deseo estar enferma.

—Ah, eso yo sé por que es!

—Tú?

—Yo, sí Señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

—Tú sabes por qué deseo enfermarme?

—Toma! ¿á que acierto?

—A ver, dilo.

—Por no ponerse la divisa ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

—En la mitad has acertado.

—Bien ¿á que acierto en la otra mitad?

—Vamos á ver.

—Porque nó va usted á poder tocar su piano á las doce, como lo hace todas las noches antes de acostarse ¿es eso?

—No.

—Nó?

—No has acertado.

—Entonces. . . no importa; pero usted está lindísima que es lo que mas interesa.

—Gracias, mi Luisa, gracias,—dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña.—Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque por la primera vez de mi vida tengo la pueril ambicion de parecer bien á los demás. . . pero, y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió :

—No hablemos de estas tonterias, Luisa. ¿Sabes una cosa?

—Qué, Señora?

—Que estoy enojada contigo,—respondió Amalia mirando los jilgueros.

—Será la primera vez,—replicó Luisa, entre-cierta y dudosa de las palabras de su Señora, que jamás la habia reconvenido.

—La primera vez? es verdad, pero es porque esta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

—Ah! exclamó Luisa dándose una palmadita en la frente.

—Y bien ¿confiesas que tengo razon?

—No, Señora.

—Pues no ves?

—No, Señora, no tiene usted razon.

—Pero; y la copa con el agua?

—No está en la jaula.

—Luego.

—Luego qué, Señora?

—Luego tú tienes la culpa.

—No, Señora; la tiene el Señor D. Eduardo.

—Belgrano? estás loca Luisa.

—No, Señora, estoy en mi juicio.

—Espílicate entonces.

—Es muy fácil.—Esta mañana cuando fuí á saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese Señor es tan curioso, quiso saber de quien y para qué eran, y luego que le dije la verdad, las tomó, se puso él mismo á limpiarlas, y ahora recuerdo que mientras su criado

traía agua, él las puso junto á una planta de jacintos. En esto fué que sentí la campanilla, vine, y olvidé las copitas.

—Ves?—dijo Amalia, sin saber lo que decia, pues mientras sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginacion se habia preocupado de mil ideas diversas, y que solo Dios y su espíritu podrian esplicarnos, al escuchar la sencilla relacion de Luisa.

—Ves, qué? Señora,—insistió esta.—Si el Señor Don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado....

—Luisa.

—Señora?

—Oye.

—Me va usted á retar por otra cosa.

—No.... oye ¿qué horas son?

—Las once.

—Bien, irás á decir al Señor Belgrano, que dentro de media hora tendré mucha satisfaccion en recibirle, si le es posible llegar hasta el salon.





CAPITULO II.

Como una sola puerta tenia tres llaves.



CABABAN' de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; y el sol, próximo á su ocaso, no prometía por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos vapores densos y húmedos tan

comunes en Buenos Aires, en la estacion del invierno, que en el año de 1840 habia anticipado sus rigores desde los últimos dias del mes de Abril.

La calle de Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban eran dos hombres que venian caminando á prisa en direccion al rio: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestia un sobretodo blanco que le llegaba hasta el tobillo.

—De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos vá,—dijo el personaje de la capa azul á su compañero de leviton blanco.

—Si hubiéramos salido mas temprano, no tendríamos que andar á este paso fatigoso, precipitado, incómodo que llevamos,—contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso lijero de su compañero.

—No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata mas veleidosa que sus hijos, es la que me ha

engañado: hace dos horas que el Cielo estaba limpio; contaba con media hora de crepúsculo, y de repente el Cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido en mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa.

—Trabajaré usted de prisa.

—Eso he dicho.

—Pero en qué especie de ocupacion?

—Adelante, mi querido maestro, adelante.

—Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

—Pero sin pararnos.

—Sin pararnos.

—Sin digresiones.

—Sin digresiones.

—A ver, qué cosa?

—Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

—Ah! Señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

—Y cuales, mi Daniel querido y amado?

—Un caudal inagotable de adjetivos, y una dosis de miedo entre el cuerpo, que no acabará usted de decirirla en su vida.

—Bien, bien: de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa que los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto á lo segundo, te diré que yo no he tomado la dosis, si no cuando, poco mas ó menos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y

—Silencio y despacio,—dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido á su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la Comision Topográfica, segun la hoja de sus servicios públicos.

—Silencio y despacio,—habia dicho Daniel al llegar con su acompañante á la prolongacion de la calle de Balcarce, cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles de San Lorenzo, de la Independencia y de Lujan, segun se llamaban entonces.

Los dos personajes siguieron por ella en direccion á Barracas muy tranquilamente; llegaron á la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirijía la marcha, doblaron hácia el rio y se pararon á la

puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, á la derecha.

—Dé usted vuelta con precaucion y vea si alguien viene,—dijo Daniel á su compañero en el momento de llegar á la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como era la costumbre del Señor D. Cándido Rodriguez, cuando á costa del puño de marfil, policeaba con sus ojos el camino que acababa de andar.

—Nadie, mi querido Daniel.

Y el jóven, con la mayor calma y sangre fria, abrió la puerta con una llave que traía en su bolsillo; hizo entrar á su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió á guardar su llave en el bolsillo.

D. Cándido, entretanto, se habia puesto mas blanco que la alta y almidonada corbata de estopiella, tan adherida siempre á su persona como su caña de la India.

—Pero qué es esto; qué casa misteriosa y recóndita es esta á que me conduces, mi querido Daniel?

—Es una casa como otra cualquiera, mi querido Señor,—dijo Daniel levantando el picaporte de una puerta al zaguan y entrando á una pieza que

servía de sala, yendo el Señor D. Cándido casi pegado á los pliegues de la capa de su discípulo.

—Esperé usted aquí,—le dijo Daniel, pasando á una habitacion contigua á la sala donde habia una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascencion. Daniel levantó la colcha de zaraza que la cubria, se convenció de que no habia nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida á otras dos habitaciones en que repitió la misma operacion que con la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algunas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró en fin todo cuanto en aquella casa podia ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó á la pared una escalera de mano, y subió á la azotea: no quedaba ya, sino un cuarto de hora ó veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la estension que descubria desde aquel punto. No habia en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubria una hermosa quinta; al fou-

do, el hueco y las casuchas de donde comienza la calle de San Juan; á la derecha, unos cuartos en ruina; á la izquierda, una casa antigua y vaóla que daba á la barranca, y á la cual se abria una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel ecsaminó todo esto en un minuto y descendió al patio.

—Mi querido y estimado y bien amado, Señor D. Cándido!—gritó desde allí.

—Daniel?—contestó con voz trémula desde la sala al maestro de primeras letras.

—Ha llegado el momento de trabajar --le dijo el discípulo,—y sobre todo, de no tener miedo,—continuó al verlo pálido como un cadáver.

—Pero Daniel, esta casa! Esta soledad! Este misterio! En las circunstancias en que vivimos. . . . ! Mi posicion de empleado secreto de Su Excelencia el Señor Ministro y. . . .

—Señor D. Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelion del jeneral La-Madrid.

—Daniel! Daniel!

—Es decir, me lo dijo usted á mí, y tanto vale decir estas cosas á uno solo, como á mil.

—Pero tú no me perderás, Daniel,—esclamó el

pobre D. Cándido próximo á caer de rodillas de laute del jóven.

—Al cóntrario, para salvar á usted le hice dar un empleo que hoy comprarian con cien mil pesos, muchos otros.

—Es por eso que yo te daria mi borrascosa, huérfana y trémula ecsistencia,—esclamó D. Cándido abrazando fuertemente á Daniel.

—Bien, eso era lo que yo queria que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo: trabajo de cinco minutos solamente.

—De un año, de dos, no importa.

—Suba usted,—dijo Daniel señalando la escalera á D. Cándido.

—Subo?

—Hasta la azotea.

—Y qué quieres que haga en la azotea.

—Suba usted.

—Pero nos van á ver!

—Suba usted con mil. . . .

—Ya estoy en la azotea.

—Y yo tambien,—dijo el jóven poniéndose en tres saltos al lado de su compañero,—ahora sentémonos en el suelo:

—Pero hombre. . . .

—Señor D. Cándido!

—Ya estoy, Daniel.

El jóven sacó del bolsillo de su levita un pliego de papel marquilla, un compás, un lápiz; desdobló el papel, lo estendió sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitía réplica:

—Señor D. Cándido: un cróquis de todos los alrededores de esta casa, en diez minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

—Pero

—A grandes líneas: no necesito detalles: distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted á la sala donde me encontrará.

Un sudor frio inundaba la frente de D. Cándido, porque á medida que la escena se hacia mas misteriosa, creía ver mas cerca de sí el cuchillo de la Mashorca. Pero de otro lado estaba la mirada fascinadora de Daniel, su influencia moral que le dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de su imprudente revelacion.

D. Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le ecsijía en ese momento era una cosa demasiado fácil, y antes de los diez minutos todo su trabajo

estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el croquis, descendió D. Cándido cuando empezaba á apagarse la luz del crepúsculo en el Cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba á estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz y el compás en las manos, el buen hombre no pudo menos de llamar á su querido Daniel antes de decidirse á entrar en las habitaciones oscuras.

—Está hecho?—le preguntó aquel saliendo á recibirlo al patio.

—Yá, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y....

—Concluir todo lo que haya que hacer en él, en el curso de esta noche para entregármelo mañana antes de las diez.

—Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa ¿no es verdad?

—Ya no tenemos nada que hacer en ella—dijo Daniel encaminándose al zaguan, completamente oscuro.

Pero en el momento de ir á poner la llave en la

cerradura, otra llave entró en ella por la parte exterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud que apenas dió tiempo á Don Cándido para pegarse como una sombra á la pared del zaguan, y á Daniel para retroceder dos pasos y llevar su mano á uno de los bolsillos de su levita. Esta accion fué instintiva sin embargo, porque Daniel hacia algunos minutos ya que esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, pero no un hombre. Entretanto, era un hombre el que entró, y Daniel sacó entonces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó á Eduardo en la noche del 4 de Mayo, y que todavía no hemos podido ver á clara luz para dar su nombre ó su definicion.

El individuo recién llegado hizo la misma operacion que habia hecho Daniel, es decir, cerró por dentro la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza y hacia esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared: pero todo esto eran flores.

El zaguan estaba oscurísimo.

Al darse vuelta el recién llegado y caminar el

primer paso hácia adentro, rozó su brazo contra el pecho de Don Cándido, y dando un salto hácia el ángulo de la puerta :

—Quien está ahí—esclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fué á tocar el hombro de Don Cándido al estirarse el brazo que la dirigía.

La oscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió á la interrogacion del desconocido.

—Quién está ahí,—repitió—conteste usted ó le mato por unitario, porque solo los unitarios hacen emboscadas á los defensores de la federacion.....

Nadie respondió.

—Quién es ? conteste porque le mato—repitió el amable interrogador que, sin embargo, lejos de querer dar un paso hácia adelante, se perfilaba lo mas que le era posible en el ángulo de la puerta, estendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hácia adelante.

—Servidor de usted, mi distinguido y estimado Señor, á quien no tengo el honor de conocer, pero á quien aprecio muchísimo,—contestó Don Cándido con una voz tan trémula y melíflua que inspi-

ró al desconocido todo el valor que le faltaba y de que habia querido hacer alarde un momento antes.

—Pero quién es usted?

—Un humilde servidor suyo.

—Su nombre?

—Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable Señor ?

—Ah, no quiere usted decir su nombre, porque es algun unitario, algun espía ¿eh?

—Señor de toda mi estimacion, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan Jeneral de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederacion, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, marido de su difunta esposa la Señora heroína Doña Encarnacion Ezcurra de Rosas que en paz descanse, padre de la Señorita federal Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del Señor Ilustre federal Don Prudencio, Don Jervacio, Don

—Acabe usted con todos los diablos ¿cómo se llama le he preguntado?

—Y tambien soy capaz de hacerme ahorcar en

servicio de usted y de su amable familia ¿tiene usted familia, mi estimado Señor?

—Yo le voy á dar familia: á ver....

—A ver qué—preguntó Don Cándido yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

—A ver: bata usted las manos.

—Que bata las manos, mi querido Señor?

—Pronto, porque si no le mato.

Nuestro Don Cándido no esperó oír segunda vez esta amenaza, y se puso á batir las manos sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenia armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo:

—Confíeseme usted—le dijo—por cual de ellas viene, ó le clavo contra la pared.

—Yo?

—Sí usted.

—Por cual de ellas?

—Sí; viene usted por Andrea?

—Por misia Andreita?.... Señor....!

—Acabe usted ¿viene por Gertrudis?

—Pero Señor, si yo no conozco á misia Gertru-

dis ni á misia Andrea, ni á su digna y respetable familia, ni.

—Confiese: confiese, ó le mato.

—Confiésemme usted por cual de ellas viene, ó le astillo el cráneo—dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con una mano le tenia sujeto por el brazo derecho, y con la otra le martillaba suavemente en la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel que habia presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y Don Cándido, hasta que vió llegado el momento de tomar parte en ella para darla fin.

—Socorro!

—Silencio ú os mando á los infiernos,—le dijo Daniel dando un poco mas fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido por un momento á quien recibió el golpe.

—Piedad! piedad! soy un Sacerdote, el mejor federal, el Cura Gaete! No cometais el sacrilejio de derramar mi sangre!

—Soltad el cuchillo, mi Reverendo Padre.

—Dádmelo á mí—esclamó Don Cándido buscando á tientas el brazo que tanto le habia hecho

temblar y recojiendo de él el formidable puñal.

—Soltad.

—Ya lo he dado, ya lo he dado!—esclamó el Cura Gaete, segun que este era el nombre que acababa de darse.—Soltadme ahora!—continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de fierro de Daniel.—Soltadme! ya os he dicho que soy un Sacerdote.

—Y por cuál de ellas viene á esta casa, Reverendo Padre?—dijo Daniel parodiando la pregunta que habia hecho el dignísimo Cura de la Piedad á Don Cándido.

—Yó?

—Usted, mal Sacerdote, federal inmundo, hombre canalla: usted á quien yo deberia ahora mismo pisarlo como á un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto á la sociedad de mi pais, pero cuya sangre me repugna derramar porque me parece que su olor me infectaria. Os siento temblar, miserable, mientras mañana levantareis vuestra cabeza de demonio para buscar sobre todas las otras la que no podeis ver en este momento, y que sin embargo es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar: á vos que subís á la cátedra del

Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostrais al pueblo para exitarlo al esterminio de los unitarios, de quienes el polvo de su planta es mas puro y limpio que vuestra conciencia. . . .

—Piedad! piedad! soltadme!—esclamó el fraile á quien mas arredraba la entonacion de la voz y las palabras de Daniel, que caían como gotas de plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posicion entre las manos de aquel hombre á quien no conocia, y que, como un juez terrible, tenia en sus palabras el sello de la inexorabilidad y la justicia.

—De rodillas, miserable!—esclamó Daniel tomando al Cura Gaete por el cuello, inclinándolo hácia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

--Así—dijo despues de una breve pausa.—Así! sacrílego; ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. En mi persona, pide perdon á los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que descargo sobre tu cabeza, un presajio del que te espera en el Cielo! Así, de rodillas; y representa en este momento la imájen de la horda maldita á que per-

teneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia á Dios, misericordia á los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oídos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los bandidos heroificados en ese reino de sangre y de delitos que llamais federacion. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primero hasta el último de cuantos de vosotros habeis contribuido á la desgracia de la patria, y al extravío de dos jeneraciones todavia. Así, fraile apóstata, de rodillas.—Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del Cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el jóven, porque un vértigo terrible estaba próximo á desmayarle.

—Ahora, otra cosa,—dijo Daniel alzándolo de la ropa como un fardo.

—No! no mas! Piedad!—esclamó con voz desfallecida.

—Piedad? la teneis vosotros, sacerdotes ensangrentados de esa herejía política á que llamais federacion? ¿Qué habeis dejado sin ofender? ¿Qué habeis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche

de delitos que habeis levantado sobre el Cielo de vuestra patria?

—Piedad; piedad!

—En pié, miserable, en pié,—dijo Daniel sacudiendo á Gaete y arrimándolo contra la pared.

—Señor!

—La llave de esta puerta que teneis en vuestro bolsillo,—dijo Daniel con una voz que no admitia réplica, y en el acto la llave empezó á martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró á Gaete hácia la puerta de la sala que daba al zaguan, la abrió y dióle á su réo un empujon tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta y:

—Pronto, ahora. . . . ¿Donde está usted?—dijo.

—Aquí,—contestó Don Cándido desde el medio del pátio.

—Venga usted con mil diablos.

—Salgamos de esta casa,—dijo don Cándido acercándose á su discípulo y tomándose de su brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle y buscaba

la cerradura para abrirla, cuando de la parte este-
rior otra llave entró en ella y abrióse la puerta.

—Santos y Querubines del Cielo!—esclamó
Don Cándido abrazándose de la cintura de Daniel.

—Afuera, afuera—dijo Daniel casi al oído de la
persona que acababa de abrir la puerta, á quien ha-
bia conocido á la escasa claridad de la noche, como
á tres otras mas que venian con ella: las cuatro
eran mujeres. Y arrastrando hácia la vereda á
Don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave á
la persona primera á quien habia hablado:

—Es necesario que no entre usted á su casa
hasta dentro de un cuarto de hora: el Cura Gaete
está en la sala,—le dijo.

—El Cura Gaete! Dios mio! Una tragedia en
mi estancia!

—No sabe quien soy; pero si se le abre la
puerta podrá seguirme.

—Dioses inmortales!

—Sostendrá usted,—continuó Daniel embozán-
dose en la capa y hablando quedo para no ser vis-
to ni oído de las otras mujeres,—que no sabe ni
quien soy, ni como he entrado: un solo mal rato
sobre mí lo comprará usted bien caro, Doña Mar-

celina, pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, mientras el Reverendo Cura descansa en la sala, vuelva usted á las tiendas y compre algo á las niñas,—dijo Daniel poniendo un rollo de billetes de banco en la mano de Doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió á Don Cándido que lo esperaba en la vereda opuesta, y, tomándolo del brazo, se sumerjió en la oscura y solitaria calle de Cochabamba.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE

DEL

TOMO SEGUNDO.



CAPÍTULO VIII.	El amanecer	PAG. 5
“ IX.	El Ángel y el Diablo.	15
“ X.	Una ajente de Daniel.	47
“ XI.	Donde aparece el hom- bre de la caña de la India	65
“ XII.	Florenca y Daniel . . .	89
“ XIII.	El Presidente Salomon	113

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO I.	Amalia Saenz de Ola- barrieta	137
“ II.	Como una sola puerta tenia tres llaves . . .	159

